

LOS DIENTES DE LA FIERA

CLARK CARRADOS

«De súbito, crujieron los arbustos vecinos. Alguien se presentó inopinadamente en el lugar.

Ella lanzó un grito de susto. El hombre frunció el ceño primero; luego sintió un vago temor al ver la clase de persona que había aparecido de modo tan repentino.

¿Persona?

Sí, tenía dos brazos y dos piernas, y vestía ropas de hombre, pero había en sus facciones algo que hacía dudar fuese un ser humano. Si lo era, su normalidad resultaba incompleta».



Clark Carrados

Los dientes de la fiera

Bolsilibros: Selección Terror - 161

ePub r1.0

xico_weno 04.09.16

Título original: *Los dientes de la fiera*
Clark Carrados, 1976
Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El lugar era encantador y la pareja de excursionistas había decidido que harían allí el alto de mediodía.

Abundaba la hierba, verde y jugosa, y los álamos y chopos se mezclaban a veces con los sauces, enormes, de ramas que caían hasta rozar las mansas aguas del riachuelo que, en algunos puntos, semejaban trozos de espejo. En el cielo, de un azul radiante, se veían a veces algunas nubes, blancas, redondas, con formas femeninamente jóvenes.

La pareja eligió un trocito de pradera soleado, enmarcado por abundante vegetación y lo suficientemente lejos de la carretera como para no ser vistos por nadie; no porque tuvieran nada que ocultar, sino porque no querían ser molestados.

Era la primera semana de su luna de miel.

Primero retozaron y corrieron como chiquillos, sobre la hierba, con los pies descalzos. Ella se dejó perseguir, entre risas y grititos provocativos, hasta que, algo fatigada, jadeante, se dejó caer al pie de unos altos arbustos. Él llegó instantes después y se tendió a su lado, abrazándola con fuerza.

Eran jóvenes y estaban enamorados. Sus labios se confundieron y sus cuerpos fueron uno solo durante algunos minutos.

Después, se bañaron en el río. Cuando terminaron, después de secarse al sol, ella abrió la cesta de mimbre en donde tenían las provisiones.

En la nevera portátil había cerveza, refrescos y fruta. Para los dos jóvenes recién casados, sería un día memorable, porque, además, él tenía una cámara y había tomado numerosas instantáneas de los momentos más interesantes.

De súbito, crujieron los arbustos vecinos. Alguien se presentó inopinadamente en el lugar.

Ella lanzó un grito de susto. El hombre frunció el ceño primero; luego sintió un vago temor al ver la clase de persona que había aparecido de modo tan repentino.

¿Persona?

Sí, tenía dos brazos y dos piernas… y vestía ropas de hombre, pero había en sus facciones algo que hacía dudar fuese un ser humano. Si lo era, su normalidad resultaba incompleta.

Aunque era alto, más de uno ochenta, no lo parecía, debido a la enorme anchura de sus hombros y el grosor de sus brazos y piernas. Las extremidades superiores eran desusadamente largas y estaban rematadas en unas manos velludas, que daban la sensación de una fuerza física increíble.

Los ojos estaban muy hundidos en las órbitas, sombreadas por unas cejas increíblemente espesas. Apenas si tenía nariz, de tan achatada, y los labios, escasamente señalados, estaban casi ocultos por el vello rojizo que rodeaba sus mejillas y el mentón. El vello, sin embargo, era corto, fuerte, áspero.

—Dios mío —dijo la recién casada—. Parece un gorila…

El ser emitió un gruñido. Luego, trabajosamente, articuló una palabra:

—Co… mi… da…

El joven miró los restos del almuerzo. Apenas si quedaban un par de bocadillos, pero decidió que no valía la pena enredarse en una pelea con alguien que podía partirle el espinazo con toda facilidad.

—Tome, aquí tiene… —dijo—. Calma, Melitta —añadió en voz baja—. Será mejor seguirle la corriente. No le irrites.

—Sí, Johnny.

El ser devoró los bocadillos en un instante, de sendos mordiscos. Luego, alargó la mano otra vez.

—Más… —pidió roncamente, con voz apenas inteligible.

—Lo siento, no tenemos…

—Co… mi… da…

—Le he dicho que no tenemos. Se ha acabado.

El ser avanzó otros dos pasos y empezó a revolver la cesta y la nevera, destrozándolo todo. La recién casada lanzó un gritito de protesta.

—¡Johnny! ¡Haz algo! ¡Este mono nos va a romper todos los

cacharros!

—Calma, Melitta… —El joven se creía víctima de una pesadilla —. No sé de dónde habrá salido este individuo, pero, créeme, jamás pienso volver por aquí…

De pronto, el ser tropezó con la muchacha.

Ella gritó y, por instinto, extendió la mano y golpeó al ser en una mejilla.

Se oyó un sordo gruñido. La mano del ser se disparó, alcanzó a la muchacha en pleno rostro y la derribó por tierra.

Su esposo se sintió enloquecer de ira. Ya había tolerado bastante, pensó.

Y se arrojó sobre el ser, pero éste alzó la mano derecha, cerrada, y le hundió el cráneo de un solo golpe.

La recién casada seguía inconsciente, con la cara completamente ensangrentada. El olor de la sangre fresca llegó a la nariz del ser.

Algo estalló en su cerebro. Sordos gruñidos brotaron de su boca. De súbito, se precipitó sobre la muchacha.

Ella despertaba en aquel momento. Vio la horrible visión y se desmayó.

Una boca de afilados colmillos desgarró su cuello. Luego, los dientes del ser mordieron la carne blanca y joven. De cuando en cuando, se oían sordos gruñidos de satisfacción.

Pasaron unos minutos. Alguien apareció en el claro y vio la horrible escena.

—¡Kellie!

El ser no le hizo el menor caso. La persona recién llegada era una mujer que, sorprendentemente, empuñaba un látigo.

—¡Kellie! ¡Deja «eso»! —gritó.

Pero el monstruo no le hacía el menor caso. Entonces, ella hizo chasquear el látigo.

Kellie aulló de dolor y de rabia. Babeando horriblemente, se puso en pie. El látigo seguía serpenteando en el aire, mordiéndole las espaldas y los flancos.

—A casa, a casa, Kellie… Fuera, fuera de aquí…

El monstruo parecía acobardado y huyó ante los golpes que llovían sobre él. Cuando hubo desaparecido de aquel lugar, la mujer dirigió una mirada a los sangrantes restos que yacían sobre la hierba y se sintió desfallecer.

—Dios mío, otra vez… Otra vez… —gimió sordamente.

Tambaleándose, se adentró en la espesura. Era preciso ocultar como fuera aquellos restos. Sabía cómo hacerlo, aunque no contaba con la casualidad.

Minutos después, otra pareja llegó al claro herboso y vio los dos cuerpos tendidos sobre la hierba. Ella estuvo a punto de desmayarse al apreciar la realidad de lo sucedido. El hombre casi vomitó.

Aterrados, espeluznados, retrocedieron de inmediato en busca de alguna autoridad. No tardaron en encontrar a un hombre uniformado, a quien le contaron lo sucedido. El policía prometió investigar y, aunque admitió la posibilidad de un homicidio doble, se sintió escéptico, en cambio, en otros aspectos del suceso.

—Vamos, señora, vamos —dijo—. ¿Quién iba a creer «eso»?

—¡Le juro que es la verdad! El cadáver de la joven aparecía medio devorado. ¿No es cierto, Danny?

—No sé si será verdad o no —contestó el hombre—, pero lo rigurosamente cierto es que nosotros nos marchamos de aquí para no volver jamás. ¿Cómo volver a un país donde abundan las fieras carniceras?

—Aquí no hay fieras carniceras —protestó el hombre de uniforme.

—Entonces, ¿quién devoró a la muchacha? —preguntó la mujer.

El policía dirigió una fría mirada a las dos personas que tenía frente a sí.

—Será mejor que se vayan y que olviden lo que han visto —aconsejó.

—Por mi parte, puede estar seguro de ello, *sheriff* —contestó el hombre—. Vámonos, Millie.

El señor y la señora Latimer subieron a su coche y abandonaron el lugar a toda velocidad. Unos kilómetros más adelante, Millie Latimer dijo:

—Pues tú dirás lo que quieras, Danny, pero yo no puedo olvidar lo que he visto. ¡Aquella pobre chica estaba medio comida!

* * *

El pueblo era tranquilo, de aspecto apacible, aunque más bien habitado por gente perezosa, dedujo Monte Cavanaugh cuando se apeó de su automóvil, con un maletín en la mano. Era la estampa

clásica de una de las pequeñas ciudades del Sur, en las que salvo los vehículos, los anuncios y algunos detalles modernos de las casas, nada parecía haber cambiado desde los días de la Guerra de Secesión.

El hotel, cómo no, llevaba el nombre de uno de los héroes sudistas: General Lee. Bajo su porche sombreado, de estructura de madera, media docena de individuos de edades diversas entretenían sus ocios contemplando la escasa actividad de la calle principal.

Cavanaugh entró en el hotel y se acercó a la recepción. Tocó el timbre de percusión. Esperó unos minutos. Un hombre de color surgió a poco tras la puerta situada frente a él.

—Señor…

—Soy Cavanaugh. Una habitación, por favor.

—Sí, señor. Tenga la bondad de firmar…

Cavanaugh escribió su nombre, añadiendo, a la derecha, su profesión: escritor. El conserje arqueó las cejas, aunque no hizo el menor comentario.

Tocó el timbre. Una mujer joven, de curvas ampulosas y mirada ardiente, en cuyo cabello rubio se veían raíces algo oscuras, apareció casi en el acto.

—El señor tiene la habitación número seis —dijo el conserje—. Haga el favor de acompañarle, Zena.

—Está bien. Sígame, caballero.

La camarera hizo saltar la llave en la palma de su mano. Luego echó a andar, con incitante contoneo de caderas. Cavanaugh ocultó una sonrisa.

Momentos después, ella abría una puerta y se echaba a un lado.

—Escritor, ¿eh? —dijo maliciosamente, apoyada en la jamba.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Lo he oído por casualidad. Yo me llamo Zena Potter.

—Encantado, señorita…

—Señora, pero puede llamarme Zena. ¿Ha venido por lo del monstruo?

Cavanaugh arqueó las cejas.

—¿Qué monstruo, Zena?

Ella soltó una risita.

—La bestia de Ashfork House —contestó.

—No sé nada de ese monstruo —manifestó Cavanaugh—. Soy

escritor de novelas policíacas y he venido para estudiar el color local, el ambiente de estas poblaciones del Sur, ¿comprende?

—Oh, yo creí… Bueno, no importa. De todos modos, sería interesante escribir algo sobre Kellie Ashfork.

—¿Quién es, Zena?

—El monstruo, hombre. —Ella bajó la voz repentinamente—. Se dice que le gusta la carne humana. Cruda —añadió.

Cavanaugh respingó:

—Zena, no se burle de mí —dijo.

—Escuche, si piensa que se trata de una burla… Bueno, le voy a dar un consejo: por la noche, no salga de los límites de la población. ¿Entendido?

—Entendido. Pero, supongamos que eso que ha dicho fuese cierto. ¿No hay nadie capaz de encerrar a ese pobre hombre en un manicomio o algo por el estilo?

Zena soltó una risita.

—Usted no está bien de la cabeza… Claro que es forastero, por eso ha dicho una cosa así. ¿Quién se atrevería a proponer que el hijo de la todopoderosa Helen Ashfork fuese encerrado en un manicomio? Sería tanto como arruinarse, créame.

—No tengo el gusto de conocer a esa señora —sonrió el forastero.

—Pues se sorprenderá cuando la conozca, si es que está aquí mucho tiempo, claro, porque ella no viene apenas…

Una voz irritada sonó en la planta baja.

—¡Zena! ¡Hay trabajo!

—¿Su esposo? —bisbiseó Cavanaugh.

Ella le guiñó un ojo.

—Estoy sola en el mundo —contestó.

Y se alejó hacia la escalera, con su habitual movimiento de caderas, mientras el forastero se disponía a deshacer el equipaje.

Cuando estuvo a solas, Cavanaugh se soltó el ancho cinturón de sus pantalones y contempló la chapa de metal que había en la parte interior. Policía del Estado de Alabama, decía una inscripción, que rodeaba al vistoso escudo central.

Cavanaugh se mordió los labios. La misión que le habían encomendado sus superiores no iba a tener nada de fácil.

CAPÍTULO II

La parte superior de la marquesina del hotel no era inclinada, sino que formaba una especie de terraza, dividida por barandillas en compartimentos. Cada habitación tenía una puerta acristalada, que permitía la salida a la terraza. Un toldo daba sombra al lugar. Cada huésped podía extender o recoger el suyo, a conveniencia.

Cavanaugh estaba sentado en una butaca de mimbre, contemplando el movimiento de la calle, algo más activa por la mañana que la tarde de la víspera, en que había llegado a la población. Ya hacía bastante calor y la sombra de la lona resultaba agradable.

Una muchacha llegó en un coche. Era joven, muy esbelta, de algo más de veinte años, pelo castaño y ojos claros. El coche no era demasiado moderno y la maleta tenía aspecto de haber sido usada. Los vestidos de la muchacha, sin embargo, aparecían bien cuidados y su estilo era muy moderno, a pesar de que se veía no habían sido comprados en una tienda elegante, que también habría resultado cara.

La forastera entró en el hotel. Cavanaugh se dijo que ya tendría ocasión de verla más adelante. Tal vez a la hora del almuerzo.

Treinta minutos más tarde, otro coche se detuvo en el lado opuesto de la calle. Estaba guiado por un individuo gigantesco, con aspecto de boxeador retirado, pero de rostro bastante bien conservado y todavía joven. El sujeto se apeó y abrió una de las portezuelas posteriores.

Una mujer se apeó. Era muy alta, delgada, de figura atractiva y cabello negro como ala de cuervo. El coche, un anticuado «Cadillac 1940», se alejó a los pocos instantes, dejando a la mujer frente a la puerta de un almacén general.

Había unos cuantos individuos sentados y todos se pusieron en

pie, destocándose cortésmente. Ella respondió a los saludos con una leve inclinación de cabeza, mientras avanzaba hacia la tienda.

Cavanaugh observó que las ropas de la dama, si bien tenían un corte pasado de moda, resultaban aún elegantes. Ella estuvo cosa de un cuarto de hora en el interior de la tienda y luego volvió a salir.

Cruzó la calle. Cavanaugh pudo ver sus facciones. Tenía unos treinta y cinco años, acaso uno o dos más, calculó, pero era realmente hermosa.

La mujer entró en el hotel. Cavanaugh sintió curiosidad y abandonó la terraza.

Abrió la puerta de su habitación. Las voces que sonaban en el vestíbulo llegaron a sus oídos con toda nitidez.

—De modo que escritor —dijo la mujer.

—Sí, señora Ashfork. Al menos, eso dijo —respondió el conserje de color.

—Obsérvale y llámame apenas sepas algo más de él.

—Sí, señora.

—Moses, el hotel no marcha muy bien. No viene gente a Willow Creek. Si esto sigue así, tendré que cerrar.

—Es sólo circunstancial, señora. Pronto pasará…

—Lo dudo mucho, pero en fin… En esta población no hay dinero, Moses.

La voz de la señora Ashfork cambió de pronto:

—¡Zena! ¿Qué haces ahí, escuchando lo que hablamos?

—Perdone la señora —respondió la interpelada—. Iba a limpiar…

—Anda, lárgate y déjanos solos… No, espera, Zena. Te conozco bien y sé que tienes la cabeza a pájaros. No coquetees con el forastero o te despediré. ¿Está claro?

—Sí, señora.

Helen Ashfork volvió a hablar:

—Moses: ¿hay más huéspedes?

—Sí, señora. Ha llegado una joven llamada Maude Sterling…

—¡Sterling! —Cavanaugh observó claramente la sorpresa en el tono de voz de la señora Ashfork—. ¿Has dicho Maude?

—En efecto, señora.

—¿A qué demonios habrá venido esa chica aquí? No tiene nada que hacer en la población…

—Si me lo permite la señora, le diré que tal vez desee reclamar la propiedad que dejó su padre al marcharse de la ciudad —dijo el conserje.

—¡Esa propiedad es mía! Rafe Sterling me debía dinero y yo me quedé con sus bienes, para recuperar los préstamos que le había hecho. Aun así, todavía perdí dinero… ¿Es que ella ha dicho algo sobre el particular?

—No, señora; pero si no viene a reclamar la propiedad, no sé qué otra cosa puede motivar su estancia en Willow Creek.

Las voces callaron un momento. Cavanaugh se dio cuenta de que Helen Ashfork parecía meditar.

—Está bien —dijo la dama, al cabo—. En cuanto se te presente la ocasión, dile que quiero hablar con ella.

—Sí, señora.

—Y no te olvides del escritor.

—Bien, señora.

Cavanaugh se dispuso a cerrar la puerta. Entonces se dio cuenta de que había otra abierta en el lado opuesto del pasillo.

Maude Sterling le dirigió una mirada. Luego desapareció en su habitación. Cavanaugh cerró también.

Al cabo de unos minutos, quiso tentar la suerte.

Levantó el teléfono. Pronto sonó la voz del conserje:

—Señor…

—Moses, envíeme café, una botella de *whisky* y un par de vasos.

—Bien, señor.

Cavanaugh cerró las cortinas de su habitación. Eran de tejido fino, blanco, y bastaban para evitar que algún curioso pudiera ver el interior desde las casas del otro lado de la calle, sin restar luz.

Momentos después, llamaron a la puerta.

—Adelante.

Zena entró con una bandeja en las manos.

—Su pedido, señor —dijo con voz neutra.

—Déjelo ahí —indicó Cavanaugh—. Me gustaría invitarla a un trago, pero no puedo, Zena.

—Tampoco yo podría aceptar la invitación, señor.

—Porque se lo ha prohibido la señora Ashfork, ¿verdad?

Los ojos de Zena chispearon.

—Esa zorra —murmuró—. Dice continuamente pestes de las

demás, pero tiene en casa un fulano para ella sola.

—No me diga. —Cavanaugh fingió asombro.

—Oiga, ¿qué se cree usted que hace el chófer en Ashfork House? —Zena se encogió de hombros—. De todos modos, no la envidio, se lo aseguro.

—Usted no tiene nada que envidiar a la señora Ashfork —sonrió Cavanaugh.

Pero Zena no parecía estar de humor para aceptar cumplidos. Incluso rechazó la propina que le ofrecía el huésped, marchándose a continuación con paso muy vivo, lo que, a los ojos de Cavanaugh, era un indicio seguro de su mal humor.

Cavanaugh tomó el café a pequeños sorbos. En realidad, había sido un pretexto para hablar con Zena. En cuanto al *whisky*, no lo necesitaba, pero desempeñaba un papel. Un escritor debía tener siempre una botella al alcance de la mano.

De pronto, oyó los golpes de unos nudillos en otra parte del corredor.

Pisando de puntillas, se acercó a la suya y, sin el menor ruido, abrió una estrechísima rendija. En el mismo instante, sonaba la voz del conserje.

—Señorita Maude, tengo un encargo para usted —le dijo.

—Bueno, hable —contestó la forastera.

—La señora Ashfork quiere que vaya a su casa. Desea hablar con usted, señorita.

—Moses, dígale usted a esa… señora que si quiere verme, ya sabe dónde me puede encontrar. De todas formas, creo que pronto podremos hablar ambas. Le guste o no, ella tendrá que acudir al juzgado y escuchar algunas cosas que le pondrán las orejas al rojo vivo. Dígale todo eso, Moses.

—Señorita, yo le aconsejo…

—Moses, yo no debo nada a esa mujer, sino todo lo contrario, y tampoco estoy en su nómina, así que no se moleste en decirme lo que he de hacer. ¿Está claro?

El conserje se inclinó.

—Como usted quiera, señorita —se despidió.

Cavanaugh cerró la puerta con todo cuidado.

Las cosas se ponían interesantes, pensó.

Pero había algo de mucha mayor importancia que conocer los

motivos de la enemistad que Maude Sterling sentía hacia la señora Ashfork.

¿Qué había sucedido una semana antes a orillas del arroyo? ¿Cómo era posible que el cadáver de una linda joven, recién casada, hubiese aparecido tan espantosamente mutilado?

La noticia no había sido divulgada por la prensa, pero Cavanaugh tenía noticias de ello por uno de los testigos: la señora Latimer, buena amiga suya, lo mismo que el esposo.

Y ambos coincidían en lo mismo: el cadáver de la joven estaba comido en parte…, en muy buena parte.

Millie Latimer lo había descrito gráficamente:

—El brazo, antebrazo y parte del muslo izquierdo estaban completamente descamados y era posible ver los huesos.

* * *

Por la noche, cenó en el comedor. Zena sirvió.

Él y Maude Sterling fueron los dos únicos comensales, en mesas alejadas la una de la otra. Después de la cena, Cavanaugh pidió café y una copa de *brandy*.

Maude se retiró inmediatamente. Cavanaugh encendió un cigarro.

Zena trajo el café y el licor. El vestido negro era muy escotado. Ella se inclinó deliberadamente.

—Zena, ¿por dónde se va a Ashfork House?

La camarera respingó.

—Está loco —murmuró, mientras llenaba la taza.

—Dígamelo, Zena.

—Salga de la ciudad hacia el sur. A doscientos cincuenta metros encontrará un camino que deriva hacia el oeste, en ángulo recto. Un poco más adelante encontrará un rotulito de propiedad privada.

—¿Qué más, Zena?

—A partir de ese rótulo hay mil doscientos metros. Tenga cuidado con los canes. Andan sueltos por la noche.

—¿Tan lejos de la casa?

—No, porque hay una valla que cerca parte de la propiedad, en un radio de unos doscientos metros. Pero pueden olerle y ladrarán. Entonces, Rex saldrá con la escopeta. O con un rifle y un revólver. Pero, de todos modos, saldrá y empezará a tiros, apenas vea algo

sospechoso.

—Zena, debe de ser muy divertido vivir en aquella casa —sonrió Cavanaugh.

—Esa casa es un infierno —se despidió la camarera hoscamente.

Cavanaugh permaneció todavía un ratito más en el comedor. Luego subió a su habitación y abrió la maleta, de donde sacó un par de prismáticos, pequeños, pero de gran potencia. Con ellos en la mano volvió a salir.

El vestíbulo estaba desierto. Era relativamente pronto todavía, pero Willow Creek parecía una ciudad muerta, aunque había luces en las casas.

Cavanaugh caminó sin prisas, con aire casual. Un poco más adelante, pasó por delante de una cantina.

Poplar's

Saloon, leyó en el rótulo.

Había cuatro hombres jugando a las cartas en torno a una mesa. La cantidad de dinero que pudo ver era ridícula.

El cantinero se aburría en el mostrador. Cavanaugh siguió andando.

Media hora más tarde, avistó en la oscuridad las luces de Ashfork House. Buscó un árbol adecuado y subió al tronco, a fin de ganar unos metros de altura. Alcanzó la horquilla, sacó los prismáticos y los enfocó hacia la casa.

Había luces en todas las ventanas del piso bajo y también en dos de la planta superior. Con gran sorpresa por su parte, Cavanaugh vio que las dos ventanas superiores estaban protegidas por gruesos barrotes, reforzadas, además, por una recia tela metálica.

Las cortinas estaban corridas. Una vez, Cavanaugh divisó una silueta que se movía, en rápidos paseos a un lado y a otro de la estancia, que debía de ser bastante amplia. Seguramente, de dos habitaciones habían hecho una, por el sencillo procedimiento de derribar un tabique.

El hombre que se paseaba le dio la impresión de una fiera enjaulada. De súbito, oyó unos furiosos ladridos en las inmediaciones.

Llevaba un revólver, pero se dijo que no lo utilizaría sino en caso extremo. A fin de cuentas, y pese a su cargo, estaba ilegalmente en una propiedad privada.

Los canes se detuvieron en la valla alambrada, situada a treinta pasos del árbol. Cavanaugh mantuvo una absoluta inmovilidad, mientras los mastines ladraban de una forma desaforada.

Pasados unos minutos, oyó una voz. Extrañamente, no era de hombre.

—Vamos, fuera de ahí… Largo, largo…

Era una voz de mujer, pero no correspondía a la señora Ashfork. De pronto, oyó el chasquido de un látigo.

Cavanaugh se mantenía en completo silencio. De pronto, oyó otra voz:

—¡Señora Innes, le tengo dicho mil veces que no quiero que pegue a los perros!

Ésta sí era Helen Ashfork, pensó Cavanaugh.

—Lo siento, señora, pero ladraban demasiado y no hay nadie…

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Para qué cree que tengo los perros? Déjelos que cumplan su tarea. Si alguien intenta forzar la valla, recibirá lo que se merece. ¿O es que quiere quitarles el entrenamiento que han recibido?

—Discúlpeme, señora. Yo sólo quería evitar molestias.

—Basta ya. Vuelva a casa, señora Innes.

Las voces callaron. Cavanaugh oyó algunos gruñidos de los canes. Luego, los perros se alejaron también.

Pasado un buen rato, se atrevió a descender del árbol. Los mastines ya no ladraron.

Regresó al hotel. Cuando llegaba al pasillo, vio a un hombre parado ante la puerta del cuarto ocupado por Maude Sterling.

—Está loco —dijo la muchacha—. ¿Cree que me voy a marchar de aquí, sólo porque lo diga esa mujer? Ella no manda en mí, ¿se entera?

El hombre alargó una mano.

—Ella ha dicho que usted tiene que irse y se irá ahora mismo —gruñó.

Cavanaugh oyó un grito sofocado.

—Suélteme, suélteme…

—Vamos, haz la maleta y lárgate.

De pronto, el hombre sintió que le tocaban en el hombro.

—La señorita prefiere quedarse en Willow Creek —dijo Cavanaugh, plácidamente.

Él hombre se volvió. Cavanaugh no sintió demasiada sorpresa al reconocer a Rex Hylan, el chófer de Helen Ashfork.

—Oiga, no se meta en lo que no le importa…

—Váyase —dijo Cavanaugh, fríamente.

Los ojos de Hylan despidieron un brillo insano. De súbito, alzó su mano y golpeó.

Era un golpe canalla, no un puñetazo decente dirigido al mentón, pensó Cavanaugh, mientras se ladeaba a la derecha. Hylan quería alcanzar su sien izquierda. Podía romperle los huesos del cráneo.

«Bien, puestos a dar golpes canallas…», pensó.

Disparó Monte el pie derecho. Hylan empezó a dar ridículos saltitos, agarrándose la rodilla izquierda con ambas manos. Bramaba como un toro.

Maude no pudo contener una risita. Al cabo de unos momentos, Hylan pareció recobrarse.

—Fuera —dijo Cavanaugh.

Hylan le dirigió una mirada asesina. Cojeando todavía, se dirigió hacia la escalera.

—Hace mal en quedarse, señorita Sterling —se despidió.

Cavanaugh se enfrentó con la muchacha.

—Siento lo ocurrido —dijo.

—Era de esperar… Perdón, usted no está enterado de lo que sucede —contestó la muchacha.

—Algo he oído. Si puedo serle útil, dígalo sin remilgos. Me llamo Cavanaugh, Monte Cavanaugh, señorita Sterling.

—Usted ya conoce mi nombre.

—Sí.

Maude sonrió.

—Buenas noches, señor Cavanaugh.

La puerta se cerró. El policía dio media vuelta y abrió la de su cuarto.

—Hola —dijo Zena Potter.

Cavanaugh sonrió, mientras cerraba a su espalda.

—Parece que no tiene miedo de la reacción de Helen Ashfork —comentó.

—No, ninguno —respondió ella.

Capítulo III

Zena estaba reclinada en la cama, aunque no tendida por completo, en actitud deliberadamente lánguida. El severo vestido de camarera había sido sustituido por una bata de encajes y un camisón corto. La bata estaba abierta parcialmente. Una pierna de redondos contornos y mórbida blancura asomaba de modo incitante.

Cavanaugh se puso un cigarrillo en los labios. Zena alargó una mano.

—Dámelo —pidió.

Él le dio el cigarrillo encendido y sacó otro.

—Así pues, no tienes miedo a Helen Ashfork —insistió.

Zena despidió una bocanada de humo.

—¿Quién es ella para prohibir a otras lo que ella hace?

—¿Rex Hylan?

—Sí. —Zena añadió un cáustico comentario—. Es un tipo muy robusto, todo hay que reconocerlo. Y ella una neurótica.

—Sabes muchas cosas —observó Cavanaugh.

—Lo dijo una vez el médico de Willow Creek. Helen es una neurótica y, además, traumatizada desde los dieciséis años.

—¿Por qué?

—Entonces yo era una cría que levantaba escasamente tres palmos del suelo. Un sinvergüenza abusó de ella.

—Oh, sí, se comprende el trauma. Pero han pasado veinte años, calculo, ¿no?

—Diecinueve. El… descendiente tiene dieciocho años.

—Ah, nació un hijo.

Zena soltó una risita.

—¿A «eso» que vive en Ashfork House le llamas tú ser humano?

—No lo he visto todavía, pero si Helen tuvo un hijo…

—Una bestia de dos patas, Monte.

—Sigue, Zena.

—Helen es la dueña de Willow Creek. De todo, créeme.

—Interesante.

—Aquí, todo el mundo baila sólo con que ella levante un dedo. Hasta Rochester Fairborn, el alguacil. Y el doctor Crimple. Y… Pero la lista sería interminable. Bueno, llega un momento en que se agota; cuando ya no quedan más habitantes por nombrar.

—Es curioso. ¿Cómo llegó a ser propietaria de todo?

—La mayor parte fue heredada de su padre. Ella compró el resto…, si se puede llamar comprar a lo que hizo.

—¿Qué hizo, Zena?

—Prestar dinero a muy alto interés. El que no podía devolver el préstamo en la fecha acordada, se quedaba en la calle.

—No acabo de entender… ¿Para qué quiere ella un pueblo poco menos que muerto?

Zena lanzó una risita. Dejó el cigarrillo sobre un cenicero y se incorporó, acercándose al forastero con voluptuosos andares.

—Vamos a hablar un poco de nosotros mismos —propuso.

Cavanaugh sonrió.

—Creo que es una buena idea —contestó.

Mientras sus labios eran casi mordidos por la boca ávida de Zena, pensó que, en ocasiones, la labor de un policía no resultaba tan desagradable.

Y, en todo caso, Zena sabía todavía muchas más cosas y le convenía que hablase.

* * *

El tabaco se le había acabado y entró en la tienda de Abner Garrison, situada casi frente al hotel. Garrison, el dueño, estaba hablando con un individuo que parecía muy furioso.

—Me ha pedido una ternera —decía el sujeto—. Y no con buenas formas, Abner, te lo juro. Simplemente, ha llamado por teléfono y ha ordenado que se la lleve cuanto antes. Pero, claro, de pagar no ha dicho nada… y son casi trescientas libras de carne… En vivo, por esa ternera, me pagarían cuarenta dólares al menos…

—¿Cuánto le debes, Dane? —preguntó Garrison.

Dane Mac Hugh se quedó cortado. Una maldición brotó de sus labios.

—Algo menos que tú —gruñó al cabo—. Bueno, dame esos alicates: los viejos se me han roto al fin…

El furioso comprador se marchó a los pocos instantes. Cavanaugh quedó solo frente a Garrison.

—Tabaco, por favor. —Citó la marca y recogió la mercancía—. Encantado, señor Garrison.

—Oiga, usted es el escritor —dijo Garrison.

—Sí, en efecto.

—Aquí hay tema para una docena de libros. Pero me temo que nadie querrá facilitarle datos.

—Más que datos, lo que busco es ambiente, señor Garrison.

De pronto, un hombre entró en la tienda. Parecía muy excitado.

—Abner, la bomba —exclamó.

—¿Qué dices, Rud?

—Lo que oyes: la bomba. Esa chica, la hija de Sterling, ha presentado una demanda ante el juez, reclamando la propiedad de su padre.

Garrison hizo un gesto despectivo.

—Perderá el tiempo, Rud —contestó—. El juez fallará en su contra.

Rud Battern meneó la cabeza.

—Abner, si algo me gustaría en este mundo es ver a esa maldita Helen Ashfork derrotada, aunque sólo fuese en la cuantía de cinco centavos —dijo—. Pero puede que tengas razón: el juez Elphins fallará en su contra.

Garrison emitió una risita.

—Ella tirará de los hilos desde su casa y Elphins hará lo que todos esperamos. Simplemente, dirá: «Be, beee».

Cavanaugh salió a la calle con el cartón de tabaco bajo el brazo. ¿También Helen tenía poder sobre el juez local?

Pasado el mediodía, vio a Dane Mac Hugh tirando de una cuerda, al otro extremo de la cual había una ternera joven. Mac Hugh y el mugiente cuadrúpedo desaparecieron por el camino que conducía a Ashfork House.

A la hora de la cena, vio a Maude sentada en su mesa. Sonrió a la muchacha y ella le contestó con una graciosa inclinación de cabeza.

Poco después, entró un hombre vestido con ropas pretenciosas,

más que elegantes: traje blanco, chaleco floreado, cruzado por una ostentosa cadena de reloj, sombrero de plantador, también blanco, y bastón de ébano con puño de plata. Usaba un bigote de largas guías y perilla, blancos por la edad.

«El perfecto caballero del Sur», pensó Cavanaugh.

Maude alzó los ojos. El caballero se descubrió.

—Señorita Sterling…

—Hola, juez —dijo ella—. ¿Quiere sentarse? Encargaré una taza de café…

—No será necesario, aunque lo agradezco. Señorita Sterling, mucho me temo que su demanda no prospere.

Maude le miró fríamente.

—Juez, lo único que le pido es que fije una fecha para la audiencia —contestó—. En cuanto a mi demanda, absténgase de sentenciarla antes de conocer mis alegatos, que presentaré ante el tribunal, en el momento oportuno.

Las blancas mejillas del juez enrojecieron.

—Yo sólo quería darle un consejo legal…

—Juez, no me haga reír. He presentado una demanda. Fije la fecha, eso es todo.

—Muy bien, no puedo negarme al requerimiento de un ciudadano. Pero tendrá que nombrar un abogado para que defienda su caso.

—El día de la audiencia, estará ese abogado en el tribunal.

—De acuerdo. Hoy estamos a doce… el lunes próximo, el día diecisiete. He de… de estudiar los antecedentes del caso y hablar con la demandada…

Una burlona sonrisa apareció en los labios de la muchacha.

—Juez, ¿es que no ha hablado todavía lo suficiente con ella?

Warren Elphins, juez de Willow Creek, volvió a enrojecer.

—Ha sido un placer, señorita Sterling —se despidió.

—Yo diría que todo lo contrario respondió la muchacha, cáusticamente.

Cuando el juez se hubo marchado, Maude volvió los ojos hacia el otro comensal.

Sonrió. Cavanaugh contestó con una sonrisa.

De pronto, sintió cierto incontenible impulso. Se levantó, cruzó el comedor y se sentó frente a la muchacha.

—Si no le importa, cenaremos juntos —propuso.

—La cosa resultará más divertida, en efecto —convino Maude.

—Soy muy curioso. He oído su conversación con el juez. Sospecho que tiene usted ciertos problemas.

—Los tengo, en efecto.

—¿Necesita un buen abogado? El juez le exigirá ser representada por…

Maude soltó una risita.

—Señor Cavanaugh, yo seré mi propio abogado, porque tengo el título y estoy registrada en la asociación correspondiente, en la capital del estado de Alabama —declaró.

* * *

Aquella noche, Cavanaugh hizo otra excursión a las cercanías de Ashfork House.

Subió al mismo árbol y enfiló los prismáticos hacia la casa. El silencio reinaba en la noche de una forma total.

Había algunas ventanas abiertas en la planta baja. Una voz sonó, impaciente:

—Señora Innes, ¿han llevado la cena a Kellie?

—Ahora mismo, señora.

Cavanaugh enfiló los prismáticos al piso superior. A los pocos momentos, vio que se abría la puerta de la habitación enrejada.

Un hombre apareció en el umbral. Cavanaugh se sintió atónito al ver que Hylan no llevaba una bandeja en las manos, como era lógico esperar.

Lo que Hylan tenía en las manos era algo informe, que arrojó hacia adelante. Dos manos ansiosas se apoderaron de aquel objeto, de considerables dimensiones.

Cavanaugh se quedó horrorizado al ver que el prisionero devoraba la carne cruda a grandes bocados, como si fuese una fiera salvaje. Lo que Hylan le había dado era nada menos que un cuarto de ternera.

Sintió náuseas. Ya no quiso ver más y abandonó su observatorio. Los perros, dedujo, debían estar aún encerrados, porque no habían ladrado.

Zena Potter le había contado muchas cosas, pero Cavanaugh se daba cuenta de que aún ignoraba algunas de las que sucedían en

Ashfork House.

Helen Ashfork había concebido un hijo como consecuencia del atropello de que fue objeto veinte años antes. ¿Quién era el padre?

* * *

Simulando entretener sus ocios, fue hasta el río con los aparejos de pesca. Millie Latimer le había descrito muy bien el lugar donde habían visto los cadáveres y lo reconoció casi de inmediato.

Las muertes se habían producido a menos de dos kilómetros de la casa. Si había sido el hijo de Helen, ¿cómo había podido escapar?

Pasó junto al río toda la mañana. Los cadáveres de la pareja de recién casados habían sido reclamados por sus familias, junto con sus objetos personales. El veredicto había sido emitido por el juez Elphins. Muertos por el ataque de un animal salvaje.

Un veredicto muy curioso, pensó. ¿Qué extraño poder tenía Helen Ashfork sobre los habitantes de Willow Creek, para obligarles a obedecer ciegamente sus órdenes?

El poder del dinero, no cabía la menor duda.

Pasado el mediodía, regresó a la ciudad. El resto de la jornada transcurrió apaciblemente. Maude permanecía encerrada en su habitación. A veces, Cavanaugh oía el tecleo de su máquina de escribir.

El calor le obligó por la noche a dormir con la ventana abierta. Varias horas después de haberse acostado, algo le despertó.

Era un lejano rugido, el bramido de una fiera salvaje de características muy peculiares.

De repente, oyó un horrible alarido.

Cavanaugh se sentó en la cama. Aquel sonido había brotado de la garganta de una persona.

Un pequeño reguero de sudor se deslizó por su mejilla izquierda. El alarido se repitió y luego se quebró bruscamente.

La ansiedad le hizo saltar de la cama. Vistióse rápidamente, tomó el revólver y salió del cuarto.

Maude salía también en aquel momento.

—¿Ha oído? —preguntó.

—Sí, por eso estoy en pie. Voy a ver qué pasa.

—Le acompaño, si no le importa.

—Claro.

Bajaron al vestíbulo, iluminado por una sola lámpara. Cavanaugh abrió la puerta y salió a la veranda.

De repente se detuvo, vivamente sorprendido. Maude se paró a su lado.

—¿Qué sucede?

Cavanaugh recorrió con la vista todo el ámbito de la calle principal, con las luces del alumbrado público encendidas, pero sin que hubiera una sola ventana iluminada, con excepción de las del hotel.

Los rugidos de la bestia y del hombre atacado habían tenido un notable volumen sonoro. La población debía haber despertado a la fuerza, por lo menos muchos de sus habitantes.

Sin embargo, no se veían otras luces ni había ninguna puerta o ventana abiertas.

Sólo había silencio, un silencio denso, abrumador, siniestro…

Bruscamente, sonaron unos pasos en las inmediaciones. Alguien emitió un sordo quejido en una calleja cercana.

CAPÍTULO IV

No sólo el instinto, sino la experiencia, dijeron a Cavanaugh que debía buscar refugio inmediatamente. Retrocedió, arrastrando a Maude consigo, y volvieron a entrar en el hotel.

A prevención, Cavanaugh puso una mano sobre la culata de la pistola. De pronto, vieron a un hombre que caminaba con paso inseguro, a través de la calle.

La mano derecha del individuo sostenía su otro brazo, evidentemente lesionado. Cavanaugh observó sangre en sus dedos. Las ropas del sujeto aparecían rasgadas en algunos puntos.

El hombre cruzó la calle en sentido oblicuo. Detrás de Cavanaugh, Maude emitió un leve gemido de horror.

—Silencio —dijo él enérgicamente, aunque en tono muy bajo.

De pronto, salió del hotel y corrió a lo largo de la calle.

Maude le siguió. Los dos pudieron ver que el hombre se detenía ante una puerta, sobre la que había un rótulo: «Dr. Th. Crimple, M. D.».

La mano ensangrentada del hombre golpeó la puerta. Cavanaugh vio un hueco y tiró de la muchacha hacia sí, ocultándose ambos en la sombra.

Pasaron algunos segundos. De pronto, la puerta de la casa del médico se abrió.

—¡Doyle!

—Hola, «doc»… Estoy herido… Me ha mordido…

—¿Algún bicho?

—¿Bicho? Esa maldita fiera… Ha matado al pobre Rud Battern…

El doctor Crimple se estremeció violentamente. Luego, de pronto, alargó la mano y tiró del herido hacia adentro.

—Cierra el pico, Chain Doyle —gruñó—. Pasa adentro y te

curaré.

La puerta de la casa del médico volvió a girar. Cavanaugh y la muchacha cambiaron una mirada.

—Será mejor que vaya a ver —murmuró él.

Lo más terrible de todo no era lo que acababan de escuchar, sino el profundo silencio que dominaba a la ciudad.

¿Nadie se atrevía a reaccionar?

Cavanaugh abandonó el sitio donde se había escondido y corrió hacia la calleja más próxima. Dobló a la derecha y luego a la izquierda, de modo que caminaba luego paralelamente a la calle principal.

Súbitamente, se dio cuenta de que Maude estaba a su lado.

—Tengo que ir yo también —dijo la muchacha.

Cavanaugh no se atrevió a rechazar su compañía. Minutos después, alcanzaban el camino que conducía a Ashfork House.

De súbito, oyeron unas voces lejanas y unos horribles gruñidos. Un látigo chasqueó en la oscuridad.

Los gruñidos se reprodujeron. A Cavanaugh le parecieron más bien quejas de un animal joven, aunque grande de tamaño. Se oyeron varios chasquidos más del látigo, mezclados con algunas imprecaciones que salían de una boca de mujer.

Cavanaugh aprestó su pistola. Casi de repente, encontraron el bulto tendido junto al camino.

Maude se detuvo. Cavanaugh se dio cuenta de que estaba a punto de emitir un chillido.

—Conténgase —ordenó.

Había mi poco de luz lunar. Cavanaugh divisó unas manchas oscuras, de inequívoco significado. Miró un poco hacia adelante y creyó que podía arriesgarse a encender una luz.

Guardó el revólver. Un fósforo chasqueó levemente. Maude gimió, y giró violentamente sobre sí misma. Cavanaugh sintió ganas de vomitar.

Inesperadamente, sonaron algunas voces a lo lejos. Procedían de la población.

—Maude, tenemos que escondernos —dijo él.

Los árboles abundaban en aquellos parajes, especialmente los sauces, que habían dado su nombre a la ciudad. Cavanaugh tomó la mano de la muchacha y la escondió al otro lado de un grueso

tronco. Varios hombres aparecieron, portando antorchas algunos de ellos.

Sonaron exclamaciones. Uno maldijo obscenamente.

—Alguacil, ¿cuándo…?

—¿Te atreverías tú?

El que había hecho una pregunta incompleta, calló ante la réplica del alguacil. Otro quiso saber algo.

—No, no tiene importancia; un pequeño mordisco en el antebrazo —contestó el galeno—. Curará pronto. Vamos, hay que llevarse esos despojos de aquí cuanto antes.

Los inertes despojos humanos fueron arrojados sobre una manta, con la que cargaron cuatro hombres. Luego, en un tétrico silencio, el grupo se alejó del lugar.

—¿Ha oído usted? —preguntó Maude, cuando tuvo la seguridad de que no serían oídos.

Cavanaugh asintió.

—Uno de ellos quiso saber cuándo irían a Ashfork House. Otro, me pareció el alguacil, le preguntó si se atrevería él. Extraño, ¿verdad?

—Hasta cierto punto —dijo Maude.

—¿Por qué?

—Todos esos tipos, empezando por el propio doctor Crimple, deben dinero a la señora Ashfork. Nadie osaría alzar un dedo contra ella, por muchos crímenes que cometa.

—¿Es una asesina?

—Personalmente, no… pero ya ha visto lo ocurrido.

—Señorita Sterling, ¿cómo es posible tener en casa un ser con esa enfermedad? Porque lo que le sucede es una terrible enfermedad, me parece a mí.

—Ella no quiso nunca internarlo en un manicomio, es todo lo que puedo decirle.

—Las autoridades deberían intervenir, creo yo.

—Siempre que el alguacil crea necesario solicitar ayuda o se trate de un delito federal. Pero la muerte de una persona, a no ser que sea funcionario federal, no suele ser considerada de esa manera.

Cavanaugh asintió.

Maude tenía razón. Entre los comentarios surgidos con motivo del terrible suceso, había podido escuchar el nombre del muerto.

Y la muerte de un pobre diablo llamado Rud Battern no era motivo suficiente para que el alguacil de Willow Creek llamase en su auxilio a autoridades de rango superior.

—Regresemos —propuso.

Maude aceptó. El peligro de ser vistos había pasado.

* * *

Cavanaugh bajó tarde a desayunar. Zena le sirvió con rostro impasible.

—He oído mucho ruido esta noche —dijo él, para entrar en materia.

—Sí, algo ha ocurrido, en efecto.

—¿Qué ha pasado, Zena?

—Un tipo llamado Doyle anda con el brazo izquierdo vendado. La… la bestia le ha mordido.

—Pero ¿no lo tienen encerrado?

—Por lo visto, de cuando en cuando lo sacan a pasear.

—Y se les escapa.

Zena apretó los labios de pronto.

—Me voy, no quiero que me vea —dijo.

Cavanaugh pensó que Zena se refería a Maude, quien acababa de entrar en el comedor y se dirigía hacia su mesa. Momentos después, tenía ocasión de rectificar.

Helen Ashfork entró en el hotel, encaminándose directamente hacia la mesa.

—Señorita Sterling —dijo fríamente.

Maude alzó los ojos.

—¿Cómo está, señora Ashfork? Le presento al señor Cavanaugh.

—Encantada —dijo Helen—. Necesito hablar con usted, señorita Sterling.

Cavanaugh se puso en pie.

—Con permiso —murmuró.

Maude extendió una mano.

—Quédese —dijo—. Sospecho que lo que la señora Ashfork tiene que decirme no es demasiado grave. Hable, señora.

—Se refiere a su demanda. Es una tontería, Maude —exclamó Helen.

La muchacha sonrió.

—Acuda el lunes al tribunal —dijo—. Entonces sabrá si es o no una tontería, señora.

—Allí nos veremos —contestó Helen—. Iba a hacerle una proposición interesante, pero usted no ha querido escucharme siquiera.

—Cualquier proposición significa un precio, y cualquier precio será siempre inferior a lo que vale lo que es mío.

—En Willow Creek hay un juez. Él dirá la última palabra.

—Eso espero, señora.

De pronto, Helen se volvió hacia el hombre.

—Señor Cavanaugh, me han dicho que es usted escritor —manifestó.

—No la han engañado, señora —sonrió el interpelado.

—Tengo entendido que busca ambiente y color locales. Quizá en mi casa pueda encontrar algo que le interese. Tengo algunos recuerdos de la guerra de Secesión.

—Será un placer, señora.

—Venga cuando guste, no importa la hora. Adiós, señor Cavanaugh.

Helen se marchó con paso rápido. Maude sonrió.

—Su Majestad, la reina de Willow Creek, con derecho de vida y muerte sobre sus habitantes —dijo, burlona.

—Parece enérgica, en efecto —convino Cavanaugh.

—Es usted un hombre afortunado. Que yo sepa, es el primero en muchos años que invita a su casa.

—Si no ha estado en Willow Creek desde hace años, ¿cómo puede saberlo?

Había una sonrisa maliciosa en los rojos labios de la muchacha.

—Tengo un buen informador —contestó—. Pero, naturalmente, no le voy a dar su nombre.

—No se lo he pedido, Maude. Dígame una cosa, ¿se le ha pasado?

Ella entendió el sentido de la pregunta y se puso seria.

—Fue espantoso —murmuró—. Pero esos imbéciles ocultarán todos los crímenes, por horrendos que sean.

—¿No estaba casado Battern? Su viuda podría reclamar…

—Nadie reclamará, téngalo por seguro.

Zena apareció en aquel momento.

—¿Le traigo el desayuno, señorita? —consultó.

—Sí, gracias —aceptó Maude.

Cavanaugh encendió un pitillo. ¿Tan grande era el dominio de Helen sobre la ciudad, que ni uno solo de sus habitantes se atrevía a protestar?

Y en todo caso, ¿cuáles eran los auténticos fundamentos de tal dominio?

Zena se lo dijo a la noche, pero horas después de haber cenado.

—Cualquiera que intentase protestar, lo perdería todo poco menos que instantáneamente. El médico tendría que marcharse… y es un matasanos a quien no aceptarían ni siquiera para poner inyecciones en un Zoo; el alguacil tendría que abandonar su casa, el juez lo mismo… No hay nada, absolutamente nada, que no pertenezca a Helen. Podría mandar desnudarse a cualquiera, en medio de la calle, para llevarse sus ropas y esa persona, fuese quien fuese, obedecería en seguida.

—Por lo que veo, Willow Creek es un pueblo de esclavos —comentó Cavanaugh—. ¿También tú eres su esclava?

—Si me despidiera del hotel, no encontraría otro trabajo en la población y tendría que marcharme.

—¿Por qué no lo has intentado?

Zena rió irónicamente.

—¿Marcharme? En muchos meses, tú y esa chica sois los primeros clientes del hotel. Tengo un buen sueldo y apenas trabajo… No soy tonta, querido.

Cavanaugh pensó que quizá Zena era más tonta de lo que ella misma creía, pero no intentó rectificar su opinión. Y como ella empezase a mordisquearle detrás de una oreja, decidió abandonar el tema y dedicarse a otro mucho más agradable.

A fin de cuentas, le habían encomendado una misión y querían que la ejecutase satisfactoriamente. Por lo mismo, no le habían marcado ningún plazo para llevarla a cabo.

Los volcánicos labios de Zena le hicieron olvidar, por el momento, toda clase de preocupaciones.

CAPÍTULO V

La valla, observó Cavanaugh, era alta y de alambre recio y grueso. Parecía un obstáculo suficiente, pero el prisionero de Ashfork House, sin embargo, la había salvado sin dificultad.

Era una alambrada de cuatro metros de altura, sostenida por postes de tubo de hierro, profundamente empotrados en el suelo y reforzados, además, por otros postes oblicuos. Los alambres de la red metálica no podrían ser cortados por unas cizallas corrientes.

Junto a la puerta, había un timbre. A los pocos momentos, vio aparecer al corpulento chófer.

Hylan le miró atravesadamente al llegar junto a la puerta. Debía de tener instrucciones al respecto, porque abrió sin hacer la menor pregunta.

—Sígame —gruñó.

Cavanaugh atravesó el espacio situado entre la valla y el edificio, construido según el estilo clásico del Sur. Las ventanas enrejadas desentonaban, sin embargo.

Entró en la casa, de suelo espejeante, decorada con notable gusto. No había nada que sobrase; ningún mueble, cuadro, jarrón u objeto de adorno estaba de más.

Le gustó la decoración. Sin embargo, vivir allí no debía de resultar demasiado agradable.

Hylan le condujo a un salón. La dueña de la casa apareció a los pocos momentos, vestida con un traje largo, de color amarillo paja, con amplio escote. Cavanaugh, galante, le besó la mano.

Helen se ruborizó.

—Hacía muchos años que nadie me saludaba así —dijo.

—Debe de ser porque sale usted muy poco de su casa —sonrió Cavanaugh—. Pero una mujer todavía joven e indiscutiblemente bella, como es usted, debería hacer una vida de sociedad algo más

intensa.

—Estoy bien aquí —contestó ella, con voz algo forzada—. ¿Desea beber algo, señor Cavanaugh?

—No, gracias…

—Café, entonces.

—Eso está mejor.

Helen se acercó a una pared y tiró de un cordón. A los pocos momentos, apareció una mujer alta, fornida, de unos cuarenta años, aunque de rostro no del todo desagradable. Si hubiera tenido una expresión más suave, incluso habría parecido guapa.

—Señora Innes, café, por favor —pidió Helen.

—Sí, señora.

—Es Mila Innes, mi ama de llaves —explicó la dueña de la casa al visitante.

Helen y Cavanaugh charlaron durante unos minutos. Helen, pensó él, contaba treinta y cinco años.

Y tenía un hijo, ciertamente no deseado, de dieciocho. Se preguntó quién habría sido el autor del bestial ultraje, cuyas consecuencias no habían podido resultar más desdichadas.

Una hora más tarde, Cavanaugh anunció que se marchaba.

—Avisaré a Rex para que le lleve en el coche —dijo Helen.

—No se moleste, señora; la distancia no es tan grande, y de este modo hago ejercicio.

—Como quiera. Vuelva siempre que lo desee, señor Cavanaugh.

—Sí, muchas gracias. Por cierto, ¿me permite una pregunta, señora?

—Claro —sonrió Helen.

—Usted es soltera, pero todo el mundo la llama señora Ashfork…

Ella se puso seria en el acto.

—Estoy segura de que sabe sobre mí algunas cosas nada agradables —contestó.

—Señora… —Cavanaugh intentó una fingida protesta, pero ella la cortó rápidamente.

—Encuentro lógico que haya escuchado comentarios acerca de mí —manifestó—. No me importa, señor Cavanaugh; los hechos… sucedieron y no se pueden evitar. Pero, precisamente por eso mismo, cuando me convertí en dueña de la propiedad, hice que

todos me llamaran señora, aun no estando casada. ¿Lo entiende ahora?

—Siento haberle hecho la pregunta —dijo él.

Helen le tendió una mano.

—Usted siempre será bien venido —aseguró.

Anochecía cuando Cavanaugh cruzaba la verja. Estaba abierta y calculó que Hylan la cerraría más tarde. De todos modos, llegaría a la ciudad antes de que cayese la noche.

Caminó unos trescientos metros. Ya había perdido de vista la mansión.

De pronto, oyó en las inmediaciones un gruñido que le puso los pelos de punta.

Se detuvo, mirando a todas partes. Había oído aquel ruido dos noches antes y ahora lo escuchaba a menos de cincuenta metros.

Cierto que tenía un revólver, pero se dijo que no le convenía utilizarlo, a menos que fuese absolutamente necesario. De pronto, divisó un robusto olmo a poca distancia.

La frondosidad del follaje le ocultó en pocos instantes. A siete u ocho metros del suelo, Cavanaugh se inmovilizó por completo.

De repente, un horrible ser apareció ante su vista.

Cavanaugh creyó que no había visto en su vida nada tan espantoso. Y sólo tenía dieciocho años, pensó.

¿Qué misteriosa mutación genética había dado origen a aquel hombre de apariencia tan horripilante?

El monstruo gruñía y babeaba, con los brazos ligeramente arqueados, como disponiéndose a atacar apenas divisara una presa. Cavanaugh se dijo que no le gustaría enfrentarse con él en una lucha cuerpo a cuerpo.

Una voz femenina se oyó en aquel momento, agria, destemplada. La señora Innes surgió, armada con un látigo de pavorosas dimensiones.

—Kellie, maldito seas… Vuelve a casa… Vuelve, te digo…

El látigo chasqueó varias veces. Atónito, Cavanaugh vio que el monstruo demostraba un pavor espantoso y huía como si fuese un chiquillo de pocos años, aterrado ante los chasquidos del látigo, que en más de una ocasión tocó sus espaldas con dureza.

¿Por qué no hacía Helen que su hijo fuese internado en algún centro especializado? Nunca podría vivir libremente, pero estaría

mucho mejor atendido que en Ashfork House, donde vivía como una fiera, alimentado con carne cruda y… y escapándose de cuando en cuando para buscar comida por su cuenta.

Entonces, no le importaba la clase de carne. Humana o de animal, todo era alimento para Kellie, se dijo, mientras enjugaba con un pañuelo el copioso sudor que le corría por la frente.

* * *

—Zena, ¿tú has visto a Kellie alguna vez?

La camarera hizo un gesto más bien ambiguo.

—No es cosa que merezca la pena ver —contestó, mordisqueando un bombón.

—Puede que no merezca la pena, pero habrás podido verlo en alguna ocasión.

—Sí, una o dos veces.

—¿Y bien? ¿Qué opinas?

—Es un pobre diablo.

—¡Ca… ramba! Yo diría todo lo contrario.

Zena se incorporó sobre un codo.

—Su madre no le ha dado afecto jamás —exclamó—. Ya sé que se trata de un hijo no deseado, pero eso no es motivo para tratarle como un perro rabioso. Lo tiene encerrado entre rejas…

—Y a veces se escapa y mata.

—Yo diría que ella odia a toda la gente de Willow Creek. Por eso, a veces, deja suelto a Kellie.

—Pero, Zena, ¿qué tiene eso que ver…?

—La verdad, yo no estoy muy bien enterada; sólo tenía siete años cuando nació Kellie. Los Ashfork, pese a todo, aún estaban considerados en Willow Creek. A partir de entonces, todos les hicieron el vacío. El padre de Helen murió a los pocos años.

—¿Y…?

—Ella heredó todo y empezó a comprar más y más propiedades, hasta que ni una sola brizna de hierba dejó de pertenecerle. Así está la cosa, Monte.

—Salvo por un punto, Zena.

—¿Cuál?

—La propiedad Sterling.

—Ah, sí, ya lo recuerdo.

—¿Qué opinas del asunto?

—Maude es una chica muy simpática. No nos tratábamos cuando ella vivía aquí, pero no por ello dejo de apreciarla. Sin embargo, me da pena.

—Piensas que perderá.

—Claro. ¿Qué esperas? El juez Elphins dirá lo que Helen le haya ordenado. Y Maude se quedará tal como está.

—¿Es valiosa la propiedad?

—Bastante. Una casa, ahora medio en ruinas, y un buen pedazo de tierra, en donde se podría plantar algodón y ganar mucho dinero. La propiedad incluye, además, una faja de terreno a orillas del río.

Zena meneó la cabeza, concluyendo:

—Es lastimoso tener que decirlo, pero Maude perderá el pleito.

* * *

—Ayer estuve en Ashfork House —dijo Cavanaugh.

Maude sonrió.

—¿Qué tal lo pasó?

—La anfitriona resultó muy agradable. La vuelta ya no tanto.

—¿Por qué?

—Kellie escapó de nuevo. Estuvo a punto de toparse conmigo.

Maude se estremeció.

—Alguien tendría que solicitar una orden judicial para que llevasen a ese pobre ser enfermo a un lugar adecuado —dijo.

—La madre no aceptaría y el juez Elphins apoyaría sus negativas. Por tanto, Kellie continuará en Ashfork House.

—Sí, eso es lo más lastimoso. ¿Cómo se salvó, señor Cavanaugh?

—Había un árbol y subí a las ramas. Ni siquiera me vieron.

—Ah, Kellie no estaba solo.

—Apareció su domadora, Mila Innes, y le hizo volver a la casa a latigazos. Kellie siente hacia ella un pánico espantoso.

—Peor para la señora Innes —dijo Maude.

—¿Por qué? —se extrañó Cavanaugh.

—Un día, la fiera se cansará de ser hostigada y atacará. Incluso un animal pacífico, cuando es hostigado, se convierte en algo muy peligroso.

—Eso sí es verdad. Maude, ¿cómo va su pleito?

Ella sonrió.

—Estamos a viernes —dijo—. Pronto habrá una solución.

—¿Favorable?

—Eso espero.

—¿Incluso aunque el juez, y usted lo sabe bien, resulte hostil en su juicio?

—Monte, voy a decirle una cosa. Aparte de ciertos documentos, cosa que no he mencionado todavía a nadie, que presentaré en el momento de la audiencia, cuento con el público.

—¿Cómo?

—Asista al juicio y lo verá.

—Maude, la gente de Willow Creek está a favor de Helen Ashfork.

Había una extraña sonrisa en los labios de la muchacha.

—No deje de estar presente en el momento del juicio —insistió.

Era una respuesta sibilina. Cavanaugh no quiso seguir comentando el asunto. Pero en aquel momento adquirió la convicción de que Maude tenía armas legales lo suficientemente fuertes para, a pesar de ciertas actitudes adversas, conseguir un éxito total en su demanda.

CAPÍTULO VI

De repente, Chain Doyle dijo que tenía fiebre. Su esposa le aconsejó que se metiese en la cama.

Doyle dijo que no era necesario. Sólo se trataba de unas décimas.

—Es sábado. Voy a tomar unas copas con los amigos —se despidió.

Pese a la fecha y que había más gente que de ordinario, el Poplar's más parecía un velatorio que una taberna. La gente hablaba en voz baja y ninguno hacía comentarios demasiado trascendentes.

Doyle se reunió con los amigos y encargó una pinta de cerveza. Uno de los contertulios le dijo que tenía muy mala cara.

—Sí —confirmó Doyle secamente.

Bebió un poco de cerveza. De pronto, lanzó un gruñido.

—Chain, no digas tonterías —rezongó alguien.

Doyle enseñó los dientes, Uno de los presentes se puso en pie.

—Dios, está rabioso.

Hubo una desbandada general. Doyle pareció haber enloquecido. Sonidos ininteligibles brotaban de su boca espumeante. De pronto, alcanzó a uno y le mordió en el cuello con todas sus fuerzas.

Afortunadamente para el desgraciado, Doyle mordió en la parte más carnosa, bajo la nuca. Pero el hombre herido aulló desesperadamente, pidiendo auxilio con frenéticas voces.

El atacado consiguió escapar. Doyle quedó en el centro de la cantina, con la boca horriblemente ensangrentada, mirando a todas partes con ojos que amenazaban salirse de las órbitas.

Fairborn, el alguacil, y el doctor Crimple llegaron en aquel momento. Cavanaugh también acudió, atraído por los gritos.

—Está rabioso, está rabioso… Le mordió la bestia…

Fairborn sacó su revólver.

—Entonces, si está rabioso, no hay más que una solución —dijo.

Una mano de dedos de acero bajó el brazo armado.

—No sea tonto: la enfermedad no ha tenido tiempo de incubarse en tan corto espacio de tiempo —dijo Cavanaugh—. ¿Me equivoco, doctor Crimple?

El médico asintió.

—No sé lo que le pasa, pero no es rabia —confirmó—. A ver, que alguien lleve a Mac Geary a mi consultorio; ahora mismo iré a curarle. Chain, por favor…

Doyle contestó con un rugido inhumano. Espuma, mezclada con sangre, brotó de su boca.

—Doctor —murmuró Cavanaugh—, prepare una inyección sedante. Yo procuraré distraerle.

—Está bien.

Crimple puso el maletín sobre una mesa y lo abrió. Doyle continuaba en el mismo sitio, sin abandonar su actitud, gruñendo como una fiera.

—Listo —anunció el médico a los pocos momentos.

Cavanaugh avanzó hacia Doyle, en medio de la expectación general. De súbito, Doyle se abalanzó hacia él, intentando morderle.

Se oyó un grito de espanto. Cavanaugh alzó el brazo izquierdo y golpeó la nariz de Doyle con el codo. Doyle aulló y retrocedió. El joven no le dejó recobrarse. Disparó el puño derecho con todas sus fuerzas.

Doyle cayó fulminado. Crimple se arrojó sobre él y clavó la aguja en el brazo derecho.

—Llévenlo a su casa —dijo al terminar—. Dormirá hasta mañana por la mañana. Pero deben saber que en modo alguno está rabioso.

La tensión se relajó considerablemente. Crimple empezó a recoger sus cosas.

—Gracias, señor Cavanaugh; su ayuda ha sido muy valiosa, en todos los sentidos —dijo.

—Doctor, sería conveniente que investigase acerca de las cosas que Doyle haya podido comer o beber. Su aspecto, sus acciones, todo ello indica un sujeto bajo la acción de una droga.

Crimple respingó.

—¡Drogas! En Willow Creek, jamás…

—Siempre hay una primera ocasión y una primera víctima —dijo Cavanaugh, sentenciosamente.

Los comentarios eran incesantes. Cavanaugh regresó al hotel, en cuya puerta se hallaba Maude.

—He visto parte de lo sucedido —manifestó ella—. ¿Qué ha pasado?

—Un hombre se ha vuelto medio loco y ha mordido a otro. Decían que estaba rabioso, pero no puede ser. Lo único que sucede es que ha ingerido alguna droga.

—Comprendo. ¿Quién era, Monte?

—Doyle, el mismo que fue mordido hace pocos días, cuando Battern fue muerto y devorado en parte.

Maude se estremeció.

—Será la ruina de Willow Creek —dijo sordamente—. Es preciso poner coto a las actividades de esa mujer o el pueblo desaparecerá del mapa, tras una explosión de sangre y fuego.

Cavanaugh se asombró al oír aquellas palabras, tan cargadas de dramatismo. Pero antes de que pudiera decir algo, Maude giró sobre sus talones y desapareció en el interior del hotel.

Monte encendió un cigarrillo. Profundamente preocupado, entró en el edificio y subió a su habitación.

Le costó mucho conciliar el sueño, lo que al final consiguió, pero ello tuvo como consecuencia que se despertase algo más tarde que de ordinario.

Bajó al comedor. Zena le sirvió el desayuno, haciendo comentarios más o menos irónicos acerca de los hombres que no podían soportar siquiera media copa de más lo cual les hacía ver visiones y creerse perros rabiosos.

—Entonces, tú no crees que Doyle…

Ella soltó una risita.

—Chain Doyle —exclamó—. En un campeonato de vagos, él se llevaría el primer premio, dejando a los otros en el horizonte, si me entiende lo que quiero decir.

—Zena, si no soy un zoquete, tratas de insinuar que todo lo que hizo Doyle anoche fue pura comedia —supuso Cavanaugh.

Ella soltó una risita y se alejó. Monte pensó que sería interesante

investigar por ese lado.

Al terminar, le extrañó no ver a Maude. Moses, el conserje de color, le informó que había salido poco antes.

—Sospecho que ha ido a la que fue casa de su padre —añadió Moses.

—¿Dónde está?

—Al otro lado del camino que conduce a Ashfork House, señor. La verá en seguida, hay cinco olmos muy grandes, rodeándola parcialmente…

Cavanaugh sonrió:

—Mil gracias, Moses.

Salió a la calle. El día era espléndido, aunque se anunciaba caluroso. Caminó sin prisas y no tardó mucho en divisar una estructura blanca entre los árboles.

Parecía lógico que Maude quisiera visitar la casa donde había nacido y vivido hasta unos años antes. La propiedad, pudo apreciar, tenía un excelente aspecto, aunque lógicamente mostraba las consecuencias propias del abandono durante algunos años. Pero una vez que se la restaurase, resultaría un edificio agradable.

Llegaba olor de humedad del cercano río. Con otra clase de gentes, de espíritu más abierto y menos mezquino, Willow Creek podría ser una población en donde sería grato residir. Pero ahora…

Lentamente, subió los pocos peldaños que conducían a la veranda. La puerta estaba abierta. De pronto, oyó una voz irritada:

—¡Todavía no tienes derecho a estar aquí!

Sonó una risa burlona.

—Observo que has cambiado de modo de pensar, Helen Ashfork. Al menos, ahora admites que puedo tener derecho a volver a mi casa.

—Es mía, Maude Sterling. Tu padre me debía una importante suma…

—Sobre eso no quiero seguir hablando. Mañana diré ante el tribunal todos mis argumentos. Pero hay algo que quiero que sepas de un modo particular y que, lógicamente, no tendría efectividad alguna en la audiencia. Es algo que se refiere a ti y a él —la tuteó.

—¡Calla, calla! —gritó Helen descompuestamente—. ¡No me lo menciones más, maldita!…

—Muy bien, no hablaré, puesto que no quieres; pero ahora

sabes, en lo más íntimo de tu corazón que todo lo que hiciste fue por puro despecho. Es una venganza ruin, miserable, repugnante…

Cavanaugh oyó el inconfundible chasquido de una bofetada.

—No vuelvas a decir eso o tendrás que lamentarlo —rugió Helen.

El joven dio un paso. Las dos mujeres estaban en el salón de la casa, en donde se veían muebles cubiertos por fundas, en muchos casos podridas y deshilachadas. Maude tenía la mano en la mejilla golpeada.

—No mereces que te devuelva el golpe —dijo la muchacha—. Al menos, físicamente. Pero mañana me desquitaré. Disfrutaré enormemente viendo la cara que pones cuando el juez Elphins sentencie en tu contra.

—Eso no sucederá jamás, ¿lo oyes? ¡Jamás! —gritó Helen, tremendamente alterada.

Cavanaugh se dio cuenta de que Maude iba a salir y pensó que no resultaría conveniente que le viera en aquel lugar. Alcanzó la esquina y pasó al otro lado.

Instantes después vio alejarse a la muchacha con paso vivo. Helen seguía dentro de la casa.

Al cabo de unos momentos, apareció con aire intrascendente. Helen salía y se sorprendió al verle.

—¿Qué hace aquí? —preguntó desabridamente.

—Paseaba —contestó él, sonriendo—. ¿Es suya esta casa?

Helen le dirigió una penetrante mirada.

—Ha estado escuchando —acusó.

—Soy discreto como una tumba, señora Ashfork.

—A pesar de todo…

—¿Teme que vaya repitiendo por ahí las frases escasamente amables cruzadas entre usted y esa chica?

Ella movió la cabeza.

—No, usted no es como esos asquerosos patanes —manifestó—. De todos modos, mis problemas son solamente míos.

—Compartirlos con otra persona a veces alivia mucho, Helen.

—Por favor, no quiero seguir hablando más. Déjeme…

—¿Teme perder el pleito?

Helen se mordió los labios.

—Todo podría haber cambiado enormemente, si yo no hubiese

sido…

—Si no hubiese sido, ¿qué? —dijo Cavanaugh, en vista de que ella se interrumpía.

—Éste no es asunto de su incumbencia, escritor.

—Me llamo Monte, Helen.

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—Pese a todo, cuando quiera ir a Ashfork House, será bien recibido —se despidió secamente.

Cavanaugh encendió un cigarrillo al quedarse solo. Helen no quería ser más explícita.

Dudaba mucho de que Maude se mostrase dispuesta a hablar.

Por tanto, sólo tenía una solución: sonsacar a Zena, su inagotable fuente de información.

Zena no se hizo visible en todo el día. Por la noche, una mujer de mediana edad y rostro enjuto se encargó de servir la cena. Cavanaugh se enteró de que Zena tenía el día libre y que no volvería hasta la mañana siguiente.

Horas más tarde, sin saber por qué, se sintió desvelado. Un paseo, se dijo, ayudaría a calmar sus nervios.

Salió del hotel a una calle completamente muerta. La luna era visible a pesar de las luces exteriores. Con los prismáticos colgados del hombro, Cavanaugh tomó el camino de Ashfork House.

* * *

Los perros ladraron un poco, pero se callaron en seguida. Cavanaugh llevaba ya un buen rato de observación en el árbol. El prisionero se movía de cuando en cuando en su habitación.

Al otro lado, pero también en el primer piso, había una luz encendida. Un cuarto de hora después de su llegada, Cavanaugh la vio apagarse.

Continuó esperando. No sentía sueño en absoluto. Además, estaba acostumbrado a las largas horas de espera. Empezó a preguntarse por la conveniencia de una incursión en horas nocturnas.

Era preciso contar con los mastines. Podía darles carne mezclada con un narcótico. Ya lo pensaría.

De pronto, vio que alguien entraba en la habitación del prisionero. Éste se hizo visible en silueta. Luego se dirigió hacia la

salida, acompañado de la otra persona.

Transcurrieron unos minutos. Una puerta lateral se abrió. Dos personas salieron al exterior, dirigiéndose al rincón opuesto del recinto cercado por la valla metálica.

Los prismáticos, merced a la luz de la luna, permitieron a Monte ver las acciones de la señora Innes y del ser que la acompañaba. Un trozo de valla fue separado a un lado.

La señora Innes y el hombre salieron. Cavanaugh se deslizó rápidamente del árbol y siguió tras ellos. De pronto, los vio que se detenían al pie de un olmo de tamaño excepcional.

Había una tumba cavada no hacía mucho, tan poco, que aún no había sido cubierta. La señora Innes y su acompañante empezaron a lanzar tierra sobre la tumba con la ayuda de dos palas.

Cavanaugh sintió frío. ¿Tenía Kellie la suficiente inteligencia como para realizar semejante labor?

Era muy probable, pensó. La señora Innes había conseguido un dominio total sobre la mente del infeliz muchacho, sumido perennemente en un estado de anormalidad que le hacía, en ocasiones, actuar como una fiera. ¿A quién habría matado ahora?

¿Y Helen?

¿Sabía algo y fingía ignorancia? ¿O simplemente trataba de encubrir las acciones de su desgraciado hijo?

Cavanaugh se dijo que ya no convenía que siguiera más en aquel lugar. Por unos momentos pensó en la posibilidad de volver al día siguiente, con ayuda de herramientas y la autorización en regla para exhumar el cadáver, pero rectificó en el acto.

Unos días más o menos carecían de importancia. El interés real estribaba en aclarar el caso de una forma definitiva y sin lugar a dudas.

Silenciosamente, tal como había llegado, emprendió la retirada.

* * *

Helen Ashfork vestía con singular elegancia un traje negro, con vivos y valiosos encajes blancos. El vestido se amoldaba a una figura de contornos excepcionales, pero el rostro tenía una expresión de dureza que destruía buena parte del encanto que se desprendía del conjunto. El pelo, cuidadosamente peinado, enmarcaba un óvalo completamente blanco, a excepción de los ojos

y los labios.

El juez Elphins estaba situado tras el estrado. Fairborn, el alguacil de la ciudad, desempeñaba también el mismo cargo en el juzgado. Cavanaugh observó que no había amanuense que registrase las incidencias del juicio. «Se ve que el presupuesto no da para tanto», comentó Cavanaugh para sí, irónicamente.

Calvin Forrester, abogado de Helen, rechazó la demanda desde el primer momento.

Era un abogado forastero que ya había defendido a Helen en más de una ocasión. Forrester parecía hallarse ante el tribunal como el pez en el agua.

—En resumen —dijo, como final de sus alegatos—, los documentos que he aportado demuestran sobradamente que mi cliente se quedó con la propiedad objeto de un injustificado litigio, como compensación de un dinero que había prestado y que no le fue devuelto. Esa suma fue prestada al difunto…

Maude se puso vivamente en pie.

—Señoría —dijo.

Elphins alzó una mano, en medio de la expectación general. La sala estaba abarrotada de público.

—Señorita Sterling, tenga la bondad de no interrumpir al abogado defensor, hasta que no haya terminado sus alegatos —dijo el juez.

—Perdón, Señoría —contestó Maude—. No se trata de una interrupción, sino de una rectificación. El supuestamente difunto Rafe Sterling está vivo. Por lo demás, el señor Forrester puede continuar.

Forrester tenía la boca abierta. De pronto, se volvió hacia Helen.

—¿Por qué no me lo dijo? —Gruñó.

—¿Tenía alguna importancia? —contestó ella—. Tiene usted el vicio de hablar más de lo conveniente. Aténgase estrictamente a la cuestión y… no saque los pies del tiesto, hombre.

Forrester enrojeció.

—Señoría, sólo me queda un punto por aclarar. Está probado que la propiedad de Rafe Sterling fue otorgada a su actual dueña, como compensación de un préstamo no devuelto. Pero me agradaría que la demandante presentase a un abogado debidamente titulado que defendiera sus intereses.

Maude se levantó. Cruzó la sala, llegó al estrado y puso ante el juez un sobre.

—Mi título de abogado y el certificado de la Asociación de Abogados de Alabama, que me autoriza para ejercer en cualquier población de este Estado —anunció.

Pero al hablar, miraba a Helen. Cavanaugh miró también en la misma dirección.

Contrariamente a lo que había esperado, vio una levísima sonrisa en los labios de la dama. Helen lo sabía ya, dedujo, o quizá se burlaba de la muchacha.

Elphins carraspeó.

—Bi… bien, Maude…, digo abogado Sterling… Puesto que no cabe la menor duda de que usted misma puede defender su propia demanda, exponga ahora los argumentos que estime pertinentes.

—Gracias, Señoría —dijo la muchacha—. En primer lugar, debo decir que la demandada solicitó irregularmente la atribución de la propiedad en litigio, sin presentar pruebas concluyentes que confirmasen sus alegatos. Por el contrario, yo poseo pruebas de que el préstamo que motivó la atribución de esa propiedad, fue cancelado a su debido tiempo.

Cavanaugh observó que Helen se ponía rígida. Maude puso otro sobre con documentos sobre la mesa del juez.

—Aquí están los recibos —declaró, en medio del asombro general—. Y para que no pueda haber una acusación de falsedad, la escritura y las firmas de la señora Ashfork y de mi padre han sido examinadas por peritos calígrafos del Estado, quienes han dictaminado que son auténticas y cuyos certificados de autenticidad se incluyen con los demás documentos.

Elphins tenía la boca abierta. Forrester empezó a recoger sus papeles.

—Si lo que dice esa chica es cierto, yo estoy perdiendo el tiempo —gruñó.

—Envíeme su minuta —dijo Helen, con gélido acento.

El juez volvió a carraspear.

—E… estudiaré todos los documentos y… daré mi vere… veredicto… —dijo titubeante—. La audiencia queda aplazada… Ya se anunciará cuándo ha de celebrarse otra audiencia…

Maude no formuló ninguna objeción. Helen se puso en pie y

buscó la salida.

Cavanaugh hubiera querido hablar con ella, pero Helen subió rápidamente al coche, que arrancó de inmediato. Resignado, quedó en la acera, con un cigarrillo entre los labios.

Maude salió a poco.

—¿Qué le ha parecido? —preguntó.

—Bien, magnífico, un triunfo en toda regla, pero empañado por un pequeño detalle —contestó el joven.

Ella arqueó las cejas.

—¿Puede saberse cuál es ese pequeño detalle? —preguntó.

—Simplemente, falta de caridad, Maude.

—Caridad —repitió la muchacha despectivamente—. ¡Cómo tenerla con quien jamás ha sentido otra cosa que odio y desprecio hacia los demás, quien ha pisoteado continuamente los derechos de los otros y ha atropellado sin piedad a quien se interpuso en su camino! ¿Usted habla de caridad, cuando se refiere a Helen Ashfork? ¡Usted está loco!

—Y usted bajo los efectos de un insano resentimiento que, si no es dominado, acabará por devorarla —contestó Cavanaugh, impasible.

Maude ya no quiso seguir hablando y echó a andar hacia el hotel. Monte miró al cielo y se preguntó si Helen accedería a recibirle.

Valía la pena intentarlo, decidió al cabo.

Capítulo VII

Perdió el tiempo. Hylan le dijo que Helen no deseaba hablar con nadie por el momento.

—Ya le llamará por teléfono —concluyó el fornido individuo.

Sin hacer el menor comentario, volvió al hotel. Zena le sirvió el almuerzo.

—La señorita Sterling está en su habitación y no bajará —informó.

—Estupendo, así podremos hablar los dos —sonrió Cavanaugh.

Zena apoyó la mano en la cadera.

—¿Sí? —dijo, sonriendo provocativa.

—Hablaremos de Helen y de su hijo.

—La bestia de Ashfork House.

—Zena, ¿no le parece que Helen es muy desgraciada?

—Quizá, pero yo diría que más bien no es del todo afortunada. Para mí, su vida es una continua espera.

—¿Espera?

—Sí. Ella confía en que un día volverá el padre de Kellie. Quiere vengarse, ¿comprende?

—Puede que no sea justo, pero parece lógico, Zena.

—Sí, claro. Lo que ella ignora es que el padre está en Willow Creek.

Cavanaugh saltó en su asiento.

—¡Zena!

—Ya lo ha oído —dijo la camarera—. ¿Algo más?

—Aguarda un momento. ¿Quién es el padre?

Ella sonrió burlonamente.

—¿Por qué le interesa tanto? —preguntó.

—Soy escritor, recuérdalo.

—Entonces, averígüelo. Resultará más interesante, ¿no cree?

Zena se marchó, riendo de un modo extraño. Cavanaugh terminó el almuerzo, sumido en un mar de preocupaciones.

Más tarde, subió a la habitación de Maude. Ella abrió en seguida.

—Temí que estuviese indispuesta —se excusó él.

—No, simplemente no tenía apetito. ¿Sucede algo?

—Me gustaría hablar un poco con usted, Maude.

—¿De qué se trata?

—Tiene el pleito ganado. ¿Qué hará con la propiedad?

—Quizá la ponga en venta. Pero no me fío de Elphins. Es capaz de todo, se lo aseguro.

—¿Tan mal concepto le merece el juez?

—Es un farsante y un hombre carente de moral. Aparece continuamente como un caballero del Sur, cuando no es más que un sinvergüenza. ¿Sabía usted que estuvo casado y que su esposa pidió el divorcio antes del año de la boda?

—No, pero qué importa eso…

—Más de lo que usted piensa. La señora Elphins tuvo un hijo y vivió muy pocas horas. Según dijeron los que vieron al niño, era un horrible monstruo. El juez tiene la sangre podrida.

—Maude, eso no tiene que ver nada con su demanda.

Ella sonrió.

—Helen le domina por completo y él hará lo que ella le ordene —contestó—. Por favor, me duele un poco la cabeza…

Cavanaugh se quedó solo en el pasillo. De repente, oyó un alboroto mayúsculo en la calle.

Corrió hacia la ventana de su cuarto. Varios hombres sujetaban a otro, que se debatía furiosamente.

Uno de ellos se separó del grupo, sacudiendo la mano ensangrentada.

—¡Maldición, me ha mordido! —gritó.

—Ve al médico —aconsejó otro.

Un tercero aporreó la cabeza del hombre que se debatía, cuyos movimientos cesaron en el acto. Cavanaugh se dio cuenta de que los espectadores aparecían aterrorizados.

El alguacil intervino, tratando de poner orden. Hizo que se llevasen al enfermo y acompañó al herido hasta la casa del médico.

Cavanaugh apretó los labios. El enfermo era Mace Geary,

mordido el sábado por Chain Doyle. ¿Qué sucedía allí? ¿Había una enfermedad semejante a la rabia, de propagación casi instantánea?

De pronto, llamaron a la puerta.

Era Zena. Sonreía maliciosamente.

—Ella le invita a cenar —dijo—. A las siete y media.

—Gracias, Zena.

—Es usted un hombre afortunado. Le ha gustado.

Cuando no estaban en una absoluta soledad, Zena le trataba con cierta ceremonia.

—¿Por qué lo dices? —preguntó él.

—Es usted el primero que recibe una invitación semejante en muchos años —respondió la camarera.

* * *

Mila Innes sirvió la cena, que se desarrolló en un ambiente de amistosa cordialidad, aunque sin excesos por parte de Helen, que pudieran inducir a su huésped a erróneas conclusiones. Helen se había puesto para la ocasión un traje negro, muy escotado, que dejaba al descubierto sus hombros marfileños.

Cavanaugh se dio cuenta de que el chófer no se había dejado ver un solo momento. Estaría en otra parte, pensó, aunque ello no le preocupaba demasiado.

Finalmente, la señora Innes sirvió el café y los licores en una salita y se retiró. Cavanaugh y Helen quedaron a solas.

—Apuesto algo a que se le ha comido la impaciencia por conocer los motivos de mi invitación —sonrió ella, mientras llenaba las copas.

—En parte, sí, aunque también me imagino que usted se debe de aburrir bastante en esta solitaria residencia y pensó que un poco de compañía aliviaría su hastío.

—Vamos, Monte, sea franco. Usted sabe bien que no le he llamado para combatir mi aburrimiento. Sencillamente, quiero su opinión.

—¿Opinión? ¿Qué puede decir un forastero?…

—Que está muy bien enterado de todo lo que sucede aquí.

De pronto, sonaron unos sordos golpes en el piso superior.

—Incluso de lo que hay sobre nosotros —añadió Helen intencionadamente.

—¿Por qué no dice su hijo? ¿Se avergüenza de él?

Helen enrojeció.

—Es posible que tenga razón —murmuró, sentándose frente al invitado—. Pero es un hijo, por muchos defectos que tenga y aunque no fuese deseado por su madre.

—Helen, ¿acaso no se siente capaz de olvidar lo que sucedió hace casi veinte años?

—Usted no es mujer y por tanto no sabe lo que se siente en una situación análoga a la que tuve que padecer yo. Puesto que sabe lo que sucedió, no tengo por qué callarlo. Fui salvajemente atacada, golpeada, casi estrangulada… y, al fin, aquel miserable consiguió lo que se proponía. ¿Qué rastro no deja un suceso semejante en el alma de una chica de diecisiete años?

—Yo pensé que dieciséis…

—Uno más o menos no tiene importancia. Lo importante, en sí, es el ultraje y sus consecuencias.

—¿Reconoció al atacante?

—No. Me asaltó bruscamente, cuando volvía a casa. Incluso se había puesto un capuchón, con agujeros para ojos, nariz y boca. Pero, además, era de noche y me arrastró fuera del camino. Nadie oyó mis gritos…

—Es comprensible. Ahora bien, ¿qué culpa tienen los demás de lo que le pasó a usted?

—¿Acaso no lo entiende? Quizá se lo explique algún día, pero, mientras tanto, prefiero que hablemos de otra cosa.

—Yo prefiero seguir con el tema. Sé que usted espera que el padre regrese algún día.

Helen se sorprendió de aquellas palabras.

—¿Quién se lo ha dicho? —exclamó.

—No se preocupe. Pero es cierto que usted espera la vuelta de ese hombre, para vengarse de él.

—Se marchó antes de que mi padre pudiese averiguar su identidad. Le habría colgado de un árbol…

—Y nadie se lo hubiera reprochado. ¿No ayudaron los vecinos a su padre a buscar a ese hombre?

—Sólo algunos. Los demás se inhibieron. El único que hizo algo fue Warren Elphins. Entonces no era juez de Willow Creek, pero tuvo la paciencia de interrogar a todos los hombres, uno por uno, y

de comprobar sus movimientos. Al fin, llegó a la conclusión de que el culpable había escapado apenas supo que Elphins tomaba cartas en el asunto.

—¿Era ya juez de Willow Creek?

—No, simplemente un abogado, buen amigo de mi padre. Posiblemente, el único.

—Por eso le favorece usted, ¿no es cierto?

—Le ayudé a conseguir el puesto de juez. Aunque tiene el bigote y la perilla blancos, es más joven de lo que aparenta. Escasamente ha cumplido los cincuenta y cinco años. Puede alcanzar cargos muy elevados en el Estado.

—No lo dudo, aunque usted también ha sido favorecida por muchas de sus decisiones.

Maude cree que Elphins acabará por fallar en su contra, aun teniendo todas las bazas en la mano.

—Elphins estudia ahora los documentos. Hará justicia —aseguró Helen.

—Así lo deseo. Ahora, dígame una cosa, con toda sinceridad. ¿Qué hará cuando vuelva el hombre que…?

Los ojos de Helen centellearon de odio.

—Ya lo sabrá en su momento. No me importaría aguardar cien años, si fuese posible, pero…

—Helen, ¿qué lamenta usted más: el asalto de que fue víctima o las consecuencias de ese ataque? ¿Cómo pensaría ahora si el hijo no deseado fuese un joven guapo, gallardo e inteligente?

Ella vaciló un momento. Cavanaugh se dio cuenta de que sus preguntas habían hecho blanco en uno de los puntos flacos de la mujer.

De pronto, Helen se puso en pie.

—Sígame —ordenó.

Cavanaugh se puso en pie. Dejaron la salita y se encaminaron al piso superior. Helen tenía en la mano una llave de construcción especial.

Momentos después, se detenían ante una puerta de aspecto normal. Helen abrió, sin más que girar el picaporte. Otra puerta, en realidad una fuerte reja de acero, quedó a la vista del invitado.

Helen insertó la llave en la cerradura, pero, de pronto, pareció arrepentirse.

—No, está durmiendo. Será mejor que no le molestemos —musitó.

Desde la reja, Cavanaugh contempló la masa informe que yacía sobre un lecho nada limpio.

En el suelo había un hueso completamente mondo de carne.

* * *

Era un ser gigantesco, aunque Cavanaugh apreció que podía haber tenido mejor aspecto, quizá con otros cuidados. El pelo era abundante, rojizo, fuerte como cerdas de animal salvaje, pero el rostro, al menos mientras dormía, no tenía la expresión tan horrible que se había imaginado.

—Le cuidamos y limpiamos constantemente —dijo Helen—. Pero todo es inútil…

Cavanaugh tenía los ojos fijos en el hueso. Al cabo de unos momentos, respiró aliviado. Sin duda alguna era un hueso de ternera.

—Hay centros especiales —dijo él.

Helen meneó la cabeza.

—No, sería inútil —contestó—. Durante los primeros años tuve algunas esperanzas. Pero acabé por perderlas. Tiene figura humana, aunque no demasiado agraciada. Pero eso es todo. Apenas articula algunas palabras, casi no sabe vestirse…

Cavanaugh observó que el pecho de la mujer subía y bajaba violentamente.

—Yo tengo razón —dijo… Si Kellie fuese guapo y arrogante, usted pensaría de otro modo…

—¡Por favor! —exclamó ella crispadamente.

—Será mejor que regresemos al salón —propuso Cavanaugh—. Debemos evitar que despierte.

—Sí, tiene razón.

En el salón, Cavanaugh llenó una copa y se la entregó a Helen.

—Usted aguarda que regrese el padre de Kellie —le dijo.

Ella le miraba fijamente.

—Y piensa que ese hombre es Rafe Sterling —añadió Cavanaugh.

—Yo no he pronunciado ningún nombre, Monte.

—No, pero sé que piensa en Sterling. Y yo le digo que está

equivocada.

—¿Cómo?

—¿Quién le dijo a usted que el culpable era Sterling?

—Ya le dije que el juez Elphins investigó…

—¿Estaba Sterling fuera después de lo ocurrido?

—Sí.

—Pero después volvió muchas veces. Incluso residió en su propiedad.

—Sterling estaba casado. Su esposa y su hija eran inocentes de lo sucedido. Yo no quería destrozar una familia.

—¿Y ahora?

—Es distinto. Maude ya tiene veintitrés años. O veinticuatro, no sé…

—¿Y su madre?

—Murió hace muchos años. Un camión la atropelló.

—Helen, usted a veces resulta incomprensible. Si quería vengarse de Sterling, ¿por qué no lo hizo cuando se le presentó la ocasión?

Ella se mordió los labios.

—Es tarde —dijo, eludiendo una respuesta concreta.

Cavanaugh dejo la copa sobre la mesita.

—Voy a marcharme —declaró—. Pero debe saber una cosa: el culpable está en Willow Creek.

—¿Quién se lo ha dicho?

—El nombre del informador importa poco. Pero, lastimosamente, no puedo darle el nombre del culpable, porque tampoco yo he podido averiguarlo.

Cavanaugh se dirigió hacia la puerta. Helen corrió tras él.

—Le acompañaré hasta la valla —dijo—. Los perros no le conocen y están sueltos.

—Gracias, Helen.

Salieron de la casa. Tres enormes mastines corrieron hacia la mujer, saltando alegremente a su alrededor. Cavanaugh se mantuvo inmóvil, a fin de evitar un movimiento que pudiera excitar a las bestias.

—Está bien guardada —sonrió.

—Tenía cuatro —declaró ella—. Uno murió hace pocos días, casi de repente. Rex se encargó de enterrarlo.

Cavanaugh parpadeó. Así pues, la macabra escena que había presenciado no era lo que se había llegado a figurar.

—Lo siento —murmuró.

Todavía quedaban muchos puntos oscuros en aquel enigma. Resultaría doloroso, pero un día tendría que hacerlo. Kellie, quisiera o no su madre, debería ser internado en un centro especializado.

Mataba a las personas como si fuese una fiera. Y comía carne humana.

Era algo que debía tener un final. Y la belleza y el dinero de Helen no podían constituir obstáculos para la acción de la justicia.

* * *

—¿Resultó agradable la velada?

Cavanaugh untó de mantequilla su tostada, situado frente a Maude Sterling.

—¿Cuándo vuelve su padre? —preguntó.

—El juez no ha emitido todavía una sentencia.

—Maude, ¿le gustaría que Helen fuese su madrastra?

Ella saltó en el asiento.

—¡Monte! No le consiento…

—Le he hecho una pregunta —dijo él fríamente.

—Está bien. La respuesta es: no.

—¿Por qué?

—Mi padre es joven. Ella tiene treinta y seis años, nueve menos que mi padre…

—¿Cuántos años tiene usted?

—Veintidós. Pero eso no importa ahora.

—De modo que la señora Ashfork podría convertirse en la señora Sterling —sonrió él.

—No lo consentiré —dijo Maude, muy irritada.

—¿Qué pasa? ¿Le disgustaría, de pronto, encontrarse con un hermanito?

Ella inclinó el busto hacia adelante.

—Si estuviese en mi pellejo…

—Lindo pellejo —rió Cavanaugh.

—Bueno —dijo Maude, sofocada—. Quiero decir, si estuviese en mi lugar, ¿le gustaría un día encontrarse con un hermano como Kellie?

—Evidentemente, no; pero ese riesgo no existe.

—¿Por qué? ¿Sabe siquiera cómo es Kellie?

—Sí. Lo vi anoche.

Maude abrió la boca.

—¡Sorprendente! —exclamó—. Ha conseguido usted…

—Lo que no ha conseguido nadie, ¿verdad? Helen en persona me condujo a la habitación de Kellie. Es su hijo, pero ella no es culpable.

—No se casó, aunque la llamen señora. Helen sabe que si tuviera un hijo, resultaría otro monstruo.

Cavanaugh tomó un sorbo de café.

—Todavía tiene que aprender muchas cosas —dijo—. Ha tenido un éxito espectacular como abogado, pero le falta experiencia en la vida.

—Quizá tenga razón, pero…

—Maude, hablemos de otra cosa —propuso él.

—Lo siento, no estoy de humor.

—Parece que no le gusta que le digan las verdades, ¿eh?

—Usted es un espectador neutral. Por tanto, no puede comprender lo que sienten las personas directamente implicadas en este asunto.

—Quizá no lo siento, pero sí lo veo con ojos imparciales. De todos modos, lo único que quiero es ayudarla. Sinceramente, Maude.

Ella trató de sonreír.

—Gracias, Monte. Cuando Elphins dicte una sentencia favorable, llamaré a mi padre —declaró—. Y si él insiste en casarse con Helen… Bien, supongo que no podré evitarlo, pero yo no regresaré jamás a Willow Creek, téngalo por seguro.

CAPÍTULO VIII

El alarido de la mujer quebró bruscamente el silencio nocturno.

Cavanaugh, sobresaltado, se arrojó de la cama. La mujer volvió a chillar, frenética, desesperadamente.

—¡Ahí va la bestia…!

Cavanaugh se puso la bata y salió a la terraza. Kellie caminaba por el centro de la calle, emitiendo gruñidos inarticulados, a la vez que miraba a derecha e izquierda, como si buscase alguna presa para su apetito insaciable.

«Es preciso impedir que ese pobre infeliz cometa alguna salvajada», pensó, mientras entraba para vestirse.

Momentos después salía del dormitorio. Maude estaba en el pasillo.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Kellie. Anda suelto —contestó él, mientras se dirigía hacia la escalera.

Llegó a la calle. Ya se habían formado algunos corrillos, en los que se comentaba excitadamente lo sucedido.

Pero ninguno de los presentes daba muestras de actuar. Cavanaugh se dio cuenta de que estaban poseídos por un terror absoluto.

Fairborn, el alguacil, trataba de poner orden. Algunos le increparon con violencia.

Monte contempló la situación durante unos momentos. De pronto, se dio cuenta de que Maude estaba a su lado.

—Me voy a Ashfork House —dijo.

—Le acompaño —manifestó ella.

Cavanaugh fue al garaje del hotel y sacó su coche. De pronto, cuando ya salían a la calle principal, vio a alguien que le hacía señas con la mano.

Era el juez Elphins.

—Por favor, díganle a la señora Ashfork que tenga más cuidado —rogó.

—Sí, juez.

—Ese pobre muchacho… —Elphins meneó la cabeza—. Yo aprecio infinito a la pobre Helen, pero si esto sigue así, no tendré más remedio que ordenar el internamiento de Kellie en algún centro adecuado.

—Sería lo mejor, juez —dijo Maude.

Cavanaugh hizo arrancar el coche.

—No comprendo —murmuró a poco—. Kellie está bien encerrado. Tiene una fuerza colosal, por supuesto, pero ni aun contando con ello podría romper los barrotes de su encierro. ¿Cómo puede andar suelto tan descuidadamente?

—Creo que pronto lo sabremos —respondió Maude—. Pero me parece que usted empieza a comprender ya los motivos de mi oposición a cierto matrimonio, ¿no es cierto?

—Los comprendo, pero no los apruebo.

Momentos después, llegaban ante la verja que cerraba el paso a Ashfork House. Los canes ladraron desaforadamente.

Cavanaugh tuvo que llamar varias veces, antes de que se hiciera luz en el porche de acceso a la casa. La señora Innes hizo chasquear el látigo y los canes huyeron, gimiendo de pánico.

Mila Innes se detuvo ante la puerta.

—Queremos ver a la señora Ashfork —dijo Cavanaugh.

—Está durmiendo…

—¡Abra! —exclamó el joven enérgicamente—. Si duerme, la despertaremos. Ya le daremos a ella nuestras excusas, caso de que sea necesario.

—Está bien, señor Cavanaugh.

Mila hizo girar uno de los batientes. Cavanaugh y la muchacha corrieron hacia la casa.

—Esos perros —jadeó ella, cuando hubo alcanzado el refugio del vestíbulo.

El ama de llaves les siguió con paso mesurado.

—Síganme —dijo.

Con la mano izquierda, se recogió la larga falda de su vestido y emprendió el ascenso al piso superior Momentos más tarde, abría

una puerta.

—Ahí tiene a la señora Ashfork —dijo.

Cavanaugh avanzó un paso.

—Helen…

Pero se calló en el acto. A su lado, Maude lanzó una indignada exclamación:

—¡Borracha, está asquerosamente borracha!

Helen yacía de través sobre su cama, vestida con un liviano camisón. Parte de su frondosa cabellera caía fuera del lecho, al pie del cual se divisaba una botella casi vacía.

El dormitorio apestaba a alcohol.

Mila Innes adelantó una mano y cerró.

—Espero que sean discretos… —dijo—. La señora tiene esa debilidad y es comprensible. Sufre muchísimo.

—He visto a Kellie por la ciudad —exclamó Cavanaugh—. ¿Cómo es posible que ande suelto?

—A veces se nos escapa, señor. Le sacamos por la noche, para que haga ejercicio… Compréndalo, es un ser humano… La valla, en ocasiones, no es lo suficientemente alta…

—¿Ha vuelto ya, señora Innes?

—Sí, está en su cuarto. Rex le acompaña, para tranquilizarle. Son muy amigos… dentro de lo que cabe, naturalmente. Vengan, por favor.

Mila recorrió el pasillo hasta llegar a la puerta del fondo. Abrió y se quedó a un lado.

Dentro de lo que, en realidad, era una celda, Hylan hizo un gesto con el índice.

—Está dormido —susurró.

—Salga ya, Rex —indicó el ama de llaves.

Hylan cubrió el cuerpo del desgraciado ser con las ropas de la cama y se dirigió hacia la puerta enrejada, que Mila abrió con una llave que sacó del bolsillo de su vestido. El chófer cerró la puerta de madera.

—He tenido suerte —manifestó sonriendo—. Pude darle alcance muy pronto… pero creo que tendremos que pedir a la señora Ashfork que levante más la valla.

Cavanaugh se volvió hacia el ama de llaves.

—Gracias por todo, señora Innes —dijo.

—Lamento lo que ocurre, señor —contestó Mila, con rostro compungido.

Ella misma les acompañó hasta la verja. Monte maniobró y el coche enfiló de nuevo el camino hacia Willow Creek.

—Esa repugnante mujer… —dijo Maude—. Era lo que me faltaba por ver.

De pronto, se revolvió en el asiento.

—Telegrafiaré a mi padre y le diré que no venga —exclamó impulsivamente—. Tiene que saber lo que ocurre, ¿entiende?

—Está usted en su derecho, Maude —contestó Cavanaugh.

Se separaron en el corredor. Monte abrió la puerta de su cuarto.

Zena le aguardaba, pero estaba dormida.

Cavanaugh sonrió, mientras aplicaba la palma de su mano en un hombro de la chica. Zena lanzó un gritito y se sentó.

—¿Dónde has estado? —preguntó, volviendo al tratamiento confianzudo.

Cavanaugh se sentó en el borde de la cama y sacó cigarrillos.

—He visto a una mujer muy guapa, completamente borracha —declaró.

Zena le miró inmensamente sorprendida.

—¿Helen?

—Sí.

—Eso es nuevo para mí, Monte.

—Por lo que yo sé, y dispensa si ello te molesta, no gozas precisamente de la confianza de Helen.

—Ni de sus simpatías tampoco —reconoció la exuberante camarera, a la vez que lanzaba una bocanada de humo.

—Por tanto, no has estado en Ashfork House durante las noches.

—No, claro; allí sólo viven ella, la bestia y sus dos sirvientes, el ama de llaves y el chófer, que es también… Bueno, lo que tú sabes. Pero ¿estás seguro de que se había emborrachado?

—No me faltó más que el análisis de sangre. Su dormitorio apestaba a licor. La borrachera le hizo dormirse, antes de concluir la botella, que vimos en el suelo.

—Ah, «habéis» visto.

—Sí, fuimos Maude Sterling y yo.

Zena se quedó pensativa durante unos momentos.

—Esas aficiones alcohólicas son nuevas para mí… —confesó—.

Ella podrá tener muchos defectos, y no digo que no se tome una copa de cuando en cuando, pero de ahí a emborracharse…

—Puede ser una cosa accidental, no habitual —sugirió Monte.

Ella hizo un gesto ambiguo.

—Sí, puede ser —admitió.

—En cambio, ya ves, mi opinión respecto a su lío con el chófer es negativa.

—¿Cómo? ¿No crees que ella y ese bruto…? ¡Pero si lo dice todo el mundo!

—Todo el mundo. —Cavanaugh meneó la cabeza—. ¿Quién ha visto ni tanto así? —hizo un gesto con la mano.

—Hombre, no van a demostrarlo públicamente…

—¿Hay alguien, siquiera, que les haya visto no ya besarse, sino con las manos juntas?

—Puesto que insistes, sí —respondió Zena con vehemencia—. Hay una persona que les vio abrazados y besándose.

—¿Quién?

Ella se reclinó en la cama, sonriendo maliciosamente.

—Cuando yo les vi abrazados, ya se rumoreaba lo que había entre ambos —dijo—. Pero puedes creerme que es la primera vez que menciono esto a nadie.

—Oye, no irás a decirme que los viste besándose en medio de la calle Mayor.

—Claro que no. Fue en su casa… Helen quería una doncella y me llamaron para acordar el trato. Entonces fue cuando los vi. Fíjate qué casualidad, aquel día se habían olvidado de cerrar la valla.

—Muy curioso, en efecto. Sigue.

—Bueno, yo crucé la puerta exterior y me acerqué a la casa. Entonces fue cuando los vi a través de una ventana del piso bajo.

—¿Te asomaste a la ventana?

—Oh, no, estaba abierta y se veía el salón casi desde la valla. Yo estaría a unos cincuenta pasos, más o menos. Pero no pude confundirme.

—¿Por qué?

—El vestido. Era de color rojo oscuro.

—Ella lo ha usado más de una vez.

—Sí.

—Bien, Zena, ¿qué pasó? ¿Por qué no te quedaste en Ashfork House?

—A última hora, parece que ella cambió de modo de pensar.

Cavanaugh sonrió.

—Creo que entiendo —dijo—. ¿Quién te recibió?

—El fulano… Bueno, Rex.

—Y fue Helen en persona la que te dijo…

—Oh, no, ella no se molestó siquiera. Me lo dijo la señora Innes. Por cierto, tuve que esperar bastante. De Helen no vi ni el pelo.

—La señora Innes, supongo, llevaría su acostumbrado vestido de color gris oscuro, con vivos blancos.

—Pues, sí… Pero ¿qué tratas de sugerirme, Monte?

De pronto, Cavanaugh se puso en pie.

—Ven, Zena —llamó.

Ella le siguió, llena de curiosidad. Cavanaugh abrió la puerta y miró a ambos lados.

—Ven —repitió.

Zena se asomó al corredor. Cavanaugh la empujó suavemente y cerró antes de que la camarera, sorprendida, hubiera podido darse cuenta de sus intenciones.

—Buenas noches, Zena —rió.

Ella lanzó un gritito de protesta. Cavanaugh, sonriendo, empezó a quitarse la ropa.

Algunas cosas empezaban a aclararse, aunque no tanto como hubiera deseado, pensó, mientras fumaba en la oscuridad el último cigarrillo de la noche.

CAPÍTULO IX

Entró en la tienda para comprar un cartón de cigarrillos. Abner Garrison parecía un tanto nervioso.

El comerciante atendía a una mujer en aquel momento. Cavanaugh se apoyó en el mostrador con aire negligente y esperó sin dar muestras de impaciencia.

Al cabo de un rato, la mujer se marchó y Garrison se acercó a su cliente.

—¿Qué tal, señor Cavanaugh? —saludó cortés.

—Necesito tabaco, amigo Garrison.

—Sí, claro, al momento…

El comerciante vino con lo pedido. Monte sacó unos billetes.

—Parece que no se siente bien hoy, Abner —comentó, con fingido acento intrascendente—. No tiene muy buena cara…

—En esta maldita población, es imposible tener buena cara —rezongó Garrison.

—Vaya, no me diga… Pero si tiene un aspecto tan agradable…

—Sería agradable si no estuviera ella. Usted ya se imagina a quién me refiero, ¿no?

—¿Helen Ashfork?

—Sí, la misma.

—¿Qué le sucede? ¿Más complicaciones?

—Me ha subido el alquiler en un cincuenta por ciento. Oiga, pero ¿de dónde se cree esa pájara que yo voy a sacar el dinero? Y si subo el precio de mis artículos, la gente es capaz de incendiarme el almacén…

—¿Puede hacer eso, Abner?

—Legalmente, sí; la casa es suya.

—Pero hay un contrato con un plazo, ¿no?

—Termina la semana próxima. Pensé que lo prorrogaría sin

problemas, pero estaba equivocado. Esa hiena no tiene corazón, créame.

—¿Cómo lo ha sabido, Abner?

Dos mujeres entraron en aquel momento y Garrison se vio obligado a separarse de él, para atenderlas. Al cabo de un rato volvió junto a Cavanaugh.

—Pero eso no es todo —dijo el comerciante en voz baja—. La epidemia se extiende.

—¿Qué epidemia, Abner?

—Rabia. Mace Geary ha mordido a Paul Wright. Esta misma mañana. Yo vi cuando iba al médico, con la mano ensangrentada… aunque creo que el mordisco fue en el antebrazo.

Cavanaugh se sintió preocupado. ¿Un nuevo virus de la rabia, de acción fulminante?, se dijo.

—Si las autoridades de Willow Creek fuesen de otro carácter, el maldito Kellie estaría ya encerrado en lugar seguro, y no en la maldita casa de su madre, de donde se escapa cuando quiere —se lamentó Garrison.

—Pero, por lo visto, ella manda y todos obedecen.

Garrison enrojeció.

—Helen compró todo, absolutamente todo. Esta casa era mía y hubo una temporada en que andaba escaso de dinero. Ella la compró y luego me la arrendó. Y así las demás propiedades…

—¿Lo hace por ambición?

—¡Qué sé yo! Lo que sí puedo decirle es que ha convertido Willow Creek en un infierno. Mire, estoy pensando en liquidar el negocio y marcharme de aquí —declaró Garrison, rabioso.

—Sí, sobre todo después del aumento del alquiler. ¿Qué pretexto ha dado ella para ese aumento?

—Ninguno. Simplemente, lo ha ordenado. Y ni siquiera se ha molestado en decírmelo personalmente; ha sido su chófer el que me lo ha comunicado por teléfono.

Cavanaugh sonrió cortésmente.

—Lo siento mucho, Abner —dijo—. A lo que parece, ese Hylan es un sujeto de mucho ascendiente sobre ella.

Garrison soltó una risita.

—Ése es un tema muy vidrioso —respondió con maligna ironía.

—Sí, muy vidrioso. Gracias, Abner.

Cavanaugh abandonó la tienda. Momentos después, entraba en la oficina del alguacil.

Fairborn parpadeó al verle.

—¿Puedo serle útil en algo, señor Cavanaugh? —se ofreció, melifluo.

—A mí no me sucede nada, ni tengo que denunciarle ningún perjuicio —sonrió el joven—. Pero acabo de estar en el almacén de Garrison y me he enterado de algo poco agradable.

Fairborn saltó en su asiento.

—¿Algún crimen? —preguntó, casi a gritos.

Cavanaugh se sorprendió de la reacción del alguacil. Incluso pudo ver el pánico en su rostro.

—¿Crimen? Oh, no —dijo sonriendo—. Sólo se trata de… Bueno, me he enterado de que Geary ha mordido a un convecino.

El alguacil sacó un pañuelo y se enjugó el abundante sudor de la frente.

—Yo creí que… Sí, parece que Geary está enfermo, pero es cosa del doctor Crimple.

—Entiendo.

—Vaya a verle, él le dará más datos. Así pues, no hay ningún crimen.

—¿Acaso esperaba que se hubiera cometido?

Fairborn murmuró unas excusas apenas inteligibles. Cavanaugh salió de su oficina, pensando en la extraña actitud del alguacil.

¿Por qué tanto pánico?, se preguntó.

«Diríase que esperaba ver asesinado a alguien…», pensó.

El doctor Crimple estaba curando a un crío que se había hecho unos rasguños en una caída. Monte aguardó pacientemente.

El chico se marchó con su madre. Crimple asomó a la puerta de su sala de curas.

—¿Le sucede algo, señor Cavanaugh? —preguntó.

—Oh, no, por fortuna tengo buena salud. Pero me he enterado de que un tal Wright ha sido mordido por Geary…

La expresión de Crimple cambió de inmediato.

—No es nada grave —dijo.

—La herida en sí puede que no. Pero ¿y si se propaga la epidemia?

—No hay tal epidemia —aseguró el médico.

Los ojos de Cavanaugh fueron hacia la estantería situada al fondo de la habitación, repleta de frascos. Como todos los médicos rurales, Crimple despachaba también los medicamentos que prescribía.

—Siendo así, me alegro muchísimo, doctor. Le ruego me excuse —dijo como despedida.

—Váyase tranquilo. No hay epidemia —insistió Crimple.

Cavanaugh salió a la calle.

Aun en pleno día, había muy poca gente. Los habitantes de Willow Creek daban la sensación de sentir un miedo horroroso.

Regresó al hotel. Maude estaba sentada en la veranda.

—¿Dónde ha estado? —preguntó la muchacha.

—Psé, por ahí… —contestó él ambiguamente. Tomó una butaca de mimbre y se sentó a su lado—. ¿Cómo van las cosas?

—Eso es lo que usted tendría que decirme, Monte.

—Hay otro tipo mordido.

Maude se incorporó un poco en su asiento.

—¿Seguro?

—Lo he comprobado.

—Me siento aterrada. ¿Qué extraña epidemia…?

—El doctor Crimple asegura que no hay tal epidemia. ¿Quiere fumar?

—Sí, gracias, deme un cigarrillo.

Maude lanzó a la atmósfera unas bocanadas de humo.

—A veces me pregunto si hice bien en volver a Willow Creek —dijo, después de unos minutos de silencio.

—¿Por qué tendría que hacerse reproches? ¿No vino a reclamar lo que es suyo?

—Sí, pero…

—Tal vez ahora se da cuenta de que sus motivos no fueron absolutamente honestos, quiero decir que había algo más que el simple derecho de recobrar una propiedad usurpada.

—Vivíamos bien ya, sin necesidad de pleitear —confesó Maude —. Incluso mi padre no quería plantear la reclamación. Pero yo le convencí…

—Sólo por el placer de ver derrotada a Helen Ashfork.

—Así es… Ella acusó a mi padre de algo repugnante, innoble… No sé cómo expresarlo, pero mis padres se amaban tiernamente. Él

nunca habría podido hacer una cosa semejante. He estudiado lo suficiente para saber que sólo los deficientes mentales, aunque no lo aparenten, son capaces de cometer crímenes sexuales.

—Probablemente, Maude.

—O tal vez un frustrado… Pero en tal caso su psiquis está afectada por muchos sentimientos, todos ellos relacionados con un fracaso en el terreno amoroso. Usted me entiende, ¿verdad?

—Sí, desde luego.

—Y mi padre fue siempre un sujeto muy equilibrado. Él no fue, no pudo ser, insisto. ¿Qué aspecto tendría yo, en tal caso? Parecería un gorila hembra, ¿no cree?

Cavanaugh sonrió.

—Puede ser una buena prueba en favor de su padre —convino—. Pero tengo entendido que la acusación no partió directamente de Helen. Además, ¿por qué no hizo algo, cuando su padre todavía vivía aquí?

—Es una mujer capaz de guardar el rencor años enteros. Hasta que le llegó la ocasión, ¿comprende? Estoy segura de que pidió a las gentes de Willow Creek que no hicieran nada, mientras ella no lo ordenase.

—Y ahora, su padre va a volver. Resulta curioso que, habiendo estado ausente tanto tiempo, esté enamorado de Helen y quiera casarse con ella.

—Mi madre murió hace diez años. Más tarde, mi padre, al fin y al cabo joven y bien parecido, empezó a rondar a Helen. Ella le rechazó siempre, aunque no le dijo los motivos. Eso es todo lo que sé, Monte.

Zena salió de pronto a la veranda.

—Perdonen —dijo—. ¿Han visto a Moses?

Cavanaugh se sorprendió de la pregunta.

—No, ni siquiera estaba en recepción cuando salí esta mañana —respondió—. ¿Usted, Maude?

—Tampoco. No le he visto y me extraña…

—Condenado negro… Estará durmiendo la borrachera…

Maude saltó de su asiento.

—¡Zena, Moses no es ningún borracho! —exclamó con gran vehemencia.

Cavanaugh se sorprendió de la reacción de Maude. Zena, por su

parte, se quedó parada.

—Bueno, era sólo un decir…

—¿Ha visto borracho alguna vez a Moses, Zena? —inquirió Maude.

—No, señorita; pero encuentro muy extraño que no haya dado todavía señales de vida…

—¿Dónde está su habitación? —preguntó Cavanaugh, más práctico.

—Venga, le acompañaré —dijo la camarera.

Zena echó a andar, seguida por los dos jóvenes. Pasaron al otro lado del mostrador y entraron en el despacho. En la pared opuesta, había una puerta.

Estaba cerrada con llave. Zena se sorprendió del detalle.

—¡Es curioso! Moses nunca cerraba…

Cavanaugh empezó a sentirse alarmado. La cerradura era sencilla, sin complicaciones. Alzó el pie derecho y la hizo saltar de una patada.

Zena lanzó un horrible chillido. Maude se volvió, para no contemplar el horripilante espectáculo del hombre que yacía sobre la cama, en medio de una enorme mancha de sangre, casi negra.

Cavanaugh inspiró con fuerza. Había una ventana con bastidor, pero las cortinas estaban corridas. La llave de la puerta, observó, no estaba en el lado interior de la cerradura.

—Maude, avise a Fairborn —ordenó.

—Sí, Monte, ahora mismo…

—Zena, si el pulso no le tiembla, prepare café.

La camarera escapó a la carrera. Cavanaugh se acercó a la cama y contempló el cuello horriblemente destrozado de Moses.

Aquellos destrozos no se debían al limpio corte de un cuchillo o una navaja de afeitar. Parecían el resultado del salvaje ataque de…

Inspiró con fuerza. La muerte debía de haberse producido muchas horas antes. Era casi mediodía y la sangre estaba prácticamente seca.

Se acercó a la ventana y descorrió en parte las cortinas. El bastidor no estaba asegurado por ningún pestillo.

De pronto, oyó voces en el vestíbulo. Fairborn llegó, acompañado por el doctor Crimple.

Cavanaugh se echó a un lado. Fairborn vio el horrible

espectáculo y se tambaleó, hasta el punto de que Cavanaugh creyó que iba a desmayarse.

Crimple lanzó una exclamación:

—¡Dios mío, qué horror!

Pero se rehízo y avanzó hacia la cama, inclinándose sobre el cuello espantosamente lacerado.

—Dientes —dijo al cabo—. Son señales de dientes… humanos.

En la entrada se oyeron algunos murmullos. El juez Elphins se abrió paso a viva fuerza entre los curiosos que se habían agolpado en aquel lugar.

—¡Cielos! —dijo.

De pronto, se volvió hacia Cavanaugh.

—¿Lo ha descubierto usted? —preguntó.

El joven asintió.

—Entré con la señorita Sterling y Zena —contestó—. Zena se sentía extrañada de no haber visto al pobre Moses en toda la mañana. Entonces, vinimos a ver si le sucedía algo…

—Hicieron bien —aprobó el juez—. Doctor, ¿cuál es su diagnóstico particular?

—Moses murió a consecuencia de los mordiscos que le propinó una persona que, evidentemente, no estaba en su sano juicio en aquellos momentos —respondió el galeno enfáticamente.

Era una acusación en regla, pensó Cavanaugh, y así lo entendieron todos cuantos se agolpaban ante la entrada.

Sonaron gritos de cólera. Algunos hablaban de tomarse la justicia por su mano. Otro mencionó el fuego purificador.

Cavanaugh pensó que el alguacil no hacía nada para calmar los ánimos exaltados, aunque, por el momento, la cosa no pasaba de meras palabras. Pero podía agravarse.

Fairborn consiguió al fin que el gentío se dispersara en buena parte. Dos voluntarios vinieron con una camilla. Zena les entregó una sábana.

Monte se reunió con Maude en un rincón del vestíbulo. La muchacha aparecía muy pálida.

—Es curioso —dijo él, mientras le daba un cigarrillo, con objeto de tranquilizar sus nervios—. Ha muerto Moses, pero nadie se ha preguntado por qué ha tenido que ser él precisamente, el más inofensivo de todos…

—Yo sé por qué ha muerto —declaró Maude sorprendentemente.

Cavanaugh fijó la vista en el rostro de la joven.

—Dígalo de una vez —pidió.

—Cuando nos conocimos, le hablé de que tenía un informador en el pueblo —respondió Maude—. Bien, el pobre Moses era ese informador.

CAPÍTULO X

Zena estaba en la cocina del hotel, preparando la cena. Oyó el ruido de la puerta y se volvió.

—Ah, eres tú —dijo—. Ya ves, la cocinera ha escapado.

—Nunca me hablaste de ella —manifestó Monte.

Zena se encogió de hombros.

—Venía por la mañana y se marchaba después de dar de cenar a los huéspedes. Si alguno pedía café, yo lo hacía y se lo servía.

—Entiendo. Zena, las gentes parecen asustadas… y encolerizadas.

—Es lógico. Después de lo ocurrido, su furia es comprensible.

—Pero lo que yo me pregunto es: ¿por qué tuvo que atacar a Moses precisamente? Y aún más: ¿por qué no se oyó ningún ruido? Tú, Maude y yo dormíamos en el hotel. ¿Cómo no nos despertamos?

Zena se encogió de hombros.

—Los dormitorios están muy alejados —respondió—. Moses era el único que dormía en la planta baja.

—Sí, puede ser una buena explicación. ¿Quién ocupará el puesto de Moses, Zena?

—No lo sé ni me importa. Ya dirá algo la dueña.

—Zena, tú no tienes ninguna simpatía a Helen.

—Hago lo que los demás. Monte —fue la seca respuesta de la improvisada cocinera—. Nadie le tiene el menor afecto. Hablando claro, la odian.

—¿A pesar de lo que le sucedió?

—Fue lastimoso, pero eso es todo. ¿Prefieres cenar aquí o en el comedor?

Cavanaugh sonrió.

—Será mejor que cene en el comedor —contestó—. No me gusta dar motivo para comentarios.

Zena dulcificó su gesto.

—Sí, tienes razón —concordó—. Anda, ve y espera unos minutos; en seguida estará todo listo.

Cavanaugh se dirigió hacia la puerta. Ella le detuvo inesperadamente:

—Monte.

El joven se volvió.

—¿Qué hay, Zena?

—Siéntate con Maude. Eso me ahorrará trabajo.

—Como quieras.

Zena soltó una risita.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, intrigado.

—Creí que me darías otra respuesta.

—¿Cuál, Zena?

—En lugar de «como quieras», «pensaba hacerlo». Te gusta, ¿eh? Es fina, elegante, culta, con un título… y una propiedad que vale algún dinero.

—Tienes una mente muy retorcida, Zena.

—Sí, sí, lo que pasa es que mi vista es excelente y no me dejo cegar fácilmente.

Cavanaugh abandonó la cocina, perseguido por la maliciosa risa de la camarera. Cuando llegó al comedor, se encontró con la sorpresa de ver a Maude en compañía de un hombre.

—Mi padre —presentó la muchacha.

* * *

Rafe Sterling andaba por los cuarenta y cinco o cuarenta y seis años, calculó el joven, pero aparentaba fácilmente seis u ocho menos, a pesar de las sienes casi blancas. Tenía el rostro tostado y daba la sensación de ser un hombre habituado a la vida al aire libre.

—Puede pasar por su hermano —sonrió Cavanaugh, mientras estrechaba la mano de Sterling—. No sabe cuánto celebro conocerle, aunque tenía entendido que no iba a llegar hasta que el juez hubiera dictado sentencia.

—Maude me aconsejó que viniese antes —respondió el padre de la muchacha—. Ella me ha contado muchas cosas de usted, todas buenas, por supuesto.

—Es un poco propensa a exagerar. En cambio, lo que ocurre en Willow Creek no tienen nada de bueno.

—Sí, eso creo. ¿Cuál es su opinión, amigo Cavanaugh?

Fuera, en la calle, sonaron algunos gritos de cólera. Media docena de individuos se metieron en el
Poplar's.

—Puede que la noche no acabe bien —dijo el joven, pensativamente—. De todos modos, me alegro de que haya llegado, señor Sterling. Quizá necesite su ayuda.

—Estaré encantado de colaborar en lo que sea. ¿Tiene alguna idea?

—Le contaré todo durante la cena.

Zena apareció en aquel momento con los platos y se sorprendió al ver a un nuevo huésped.

—¡Señor Sterling! —exclamó.

—Hola, Zena —sonrió el aludido—. ¿Cómo está tu madre?

—Bien, gracias. ¿Va a cenar también?

—Si no hay inconveniente…

—Ninguno. Oigan, la cosa empieza a ponerse fea. He oído muchos gritos. Esto me gusta cada vez menos.

—Fairborn calmará los ánimos —dijo Monte.

Zena hizo una mueca de desprecio.

—Ése… Bien, no quiero decir disparates. Pueden irse sentando.

El pequeño tumulto se había calmado.

—Ahora están bebiendo para darse ánimos —supuso Cavanaugh.

Sterling asintió.

—Tendremos que evitarlo —dijo.

—¿Lo conseguirán? —dudó Maude.

—A mí se me ha ocurrido una idea. Escuchen…

Cavanaugh habló durante unos momentos. Al terminar, Sterling hizo un gesto de aquiescencia.

—Espero que podamos disponer de tiempo suficiente —dijo.

Cavanaugh consultó su reloj.

—Son las siete y cuarto —manifestó—. Si intentan algo, no lo harán hasta bien avanzada la noche, posiblemente después de las doce, cuando calculen que en Ashfork House todos están dormidos. La sorpresa es esencial, ¿comprenden?

Zena llegó con el primer plato. Maude apenas tenía apetito. Los

dos hombres comieron normalmente.

Al terminar la cena, Monte se puso en pie.

—¿Señor Sterling?

—Sí, vamos. Maude, quédate.

La muchacha se sintió un tanto decepcionada, aunque comprendió que debía obedecer. Cavanaugh y Sterling salieron por la puerta posterior y dieron un gran rodeo, para poder llegar al Poplar's
sin ser vistos.

La calle estaba desierta. En el salón, sin embargo, había bastantes hombres. El dueño llenaba los vasos casi continuamente.

Elphins estaba con el alguacil y el médico. El juez trataba de calmar los ánimos, pero las respuestas que recibía eran muchas veces destempladas, cuando no abiertamente groseras.

Cavanaugh se acercó a una de las ventanas. Sterling, prudente, había quedado en la sombra.

El joven aguardó, paciente, hasta que vio a Doyle separarse un tanto de uno de los grupos. Hizo una señal con la mano y Doyle se acercó a la puerta.

—¿Qué es lo que quiere, escritor? —preguntó, fanfarrón.

—Tengo un recado para usted, ya sabe de quién. Es amigo mío.

Doyle arqueó las cejas.

—Caramba, no lo sabía…

—Estuvimos juntos en Vietnam. —Era una mentira gordísima, pero Doyle no tenía por qué saberlo—. Venga, hablaremos mejor fuera de esta multitud.

—Sí, tiene razón.

Doyle abandonó la cantina y siguió al joven. Al llegar a la esquina, Sterling se hizo visible.

—Hola, Chain.

Doyle dio un salto de pánico.

—¡Señor Sterling!

De pronto, sintió algo duro en un costado.

—Esto es un revólver, Doyle —dijo el joven—. Si alza la voz, le mataré como a un perro.

—Pero yo… Por favor, no me mate… —lloriqueó cobardemente el individuo.

Sterling le agarró por el cuello de la chaqueta, empujándole sin

la menor consideración.

—Vamos, camina, especie de bastardo —le apostrofó.

Minutos después, llegaban a la propia casa de Sterling. El dueño abrió expeditivamente, rompiendo la cerradura de un puntapié.

—Vigílelo, Monte; voy a buscar luz.

Sterling encendió un fósforo. A los pocos momentos volvió con un viejo cabo de vela, ya encendido.

—Estaremos mejor en la parte de atrás indicó.

Doyle sudaba copiosamente. Cuando llegaron a la cocina, Sterling le quitó la chaqueta, empujándole a continuación sobre una silla.

Acto seguido, rasgó su camisa. El vendaje del antebrazo quedó al descubierto.

—No, ahí no, la bestia me mordió…

Doyle sentía un terror espantoso. Sterling sacó una navaja y cortó el vendaje.

Las heridas estaban casi curadas, pero aún tardarían algunos días en cicatrizar. Monte y Sterling examinaron el antebrazo detenidamente.

—Monte, usted tenía razón —dijo Sterling.

—En tal caso, sólo falta que Doyle nos cuente lo que todavía ignoramos —manifestó el joven—. Vamos, Doyle, suéltelo de una vez. ¿Cuánto le han pagado?

—Battern murió… A mí me mordió… —gimió el prisionero.

—Ésa es la lección que le hicieron aprenderse. ¿Cuánto le pagaron?

Doyle sudaba a chorros.

—E… está bien. ¿Qué harán conmigo si cuento lo que sé?

—Le soltaremos, a condición de que se vaya a su casa y no intervenga para nada. Lo cual significa también que debe callar hasta que se le ordene.

De pronto, Cavanaugh sacó su insignia.

—¿Sabe lo que es esto? —preguntó.

Doyle contempló la placa con ojos agónicos.

—Po… policía del Estado… —tartamudeó.

—¡Hable! —ordenó el joven.

La moral de Doyle se derrumbó. Durante unos minutos, Cavanaugh y Sterling escucharon en silencio. Luego, Cavanaugh

hizo un gesto con la mano.

—Debería encerrarle en la cárcel, pero no podemos contar con Fairborn —dijo—. Y por desgracia, todavía tiene el suficiente poder legal para anular cualquiera de mis decisiones.

—Sí, es cierto —convino Sterling—. Chain, si sabes lo que te conviene, cerrarás el pico.

Doyle, pálido como un difunto, agarró la chaqueta y escapó por la puerta más cercana. Cavanaugh y Sterling quedaron solos.

—Convendría que fuéramos ahora mismo a Ashfork House —sugirió Sterling.

De repente, un horrible alarido hendió la noche.

El grito se confundió con un rugido inhumano. Cavanaugh sacó su pistola.

Fuera de la casa había abundante maleza. Crujieron algunos matorrales.

Los dos hombres salieron con grandes precauciones. A los pocos pasos vieron un cuerpo tendido en el suelo.

Monte se arriesgó a encender un fósforo. Sterling lanzó una exclamación de horror al ver el cuello espantosamente destrozado de Doyle.

CAPÍTULO XI

Tras una rápida consulta, Cavanaugh y Sterling decidieron pasar antes por el hotel. Cavanaugh aprobó las razones del padre de la muchacha.

—No puedo dejar sola a Maude. Cuando la locura se apodera de la gente, ocurren cosas espeluznantes —dijo Sterling.

Maude se mostró igualmente de acuerdo en abandonar el hotel. Inmediatamente, subieron a un coche y arrancaron en dirección a Ashfork House.

Cuando llegaban al empalme, oyeron gritos. Monte, que conducía, detuvo el automóvil.

Miraron hacia atrás. Había llamas en una casa de la ciudad.

—Están quemando el hotel —adivinó Maude.

—Para muchos, es un símbolo odiado —dijo Sterling.

—¿Y Zena? —exclamó Maude.

—No estaba allí. La busqué por todas partes antes de marchamos.

—Habrá ido a casa de su madre —supuso Sterling.

El coche arrancó. Minutos después, se detenían ante la valla. Cavanaugh se apeó y tocó el timbre.

Hylan apareció a poco.

—Deseamos hablar con la señora —dijo el joven.

—No sé si querrá…

Sterling se hizo visible.

—¡Abra en el acto! —ordenó perentoriamente.

Hylan obedeció. Maude se encargó de llevar el coche ante la puerta del edificio, mientras los hombres cubrían el camino a pie.

—Será mejor que compruebe las correas de los perros —aconsejó Cavanaugh.

—Ya debiera haberlos soltado —rezongó Hylan.

—¡No lo haga!

A Maude no le gustó la decisión.

—Pueden ayudar en la defensa…

—Y también pueden causar víctimas inocentes. Tenga en cuenta lo que le he dicho, Hylan.

—Usted no manda en la casa —respondió el sujeto, con acento colérico.

—La señora confirmará esa orden.

Cavanaugh empujó la puerta y se encaminó directamente hacia el salón. Helen se levantó al verle.

—¡Monte!

De pronto, vio a Sterling y a Maude. Palideció.

—Tú…

—Aquí me tienes, Helen —respondió Sterling—. Y esta vez, vamos a ajustar cuentas de una vez.

Cavanaugh soltó una risita.

—Lo dice con la mejor intención del mundo, claro —aseguró.

Helen se había puesto en pie, muy pálida.

—Rafe Sterling, yo nunca…

—De eso hablaremos más tarde —cortó el padre de la muchacha —. Ahora hay cosas más importantes de qué tratar.

—La gente está muy excitada. Seguramente van a venir — añadió Cavanaugh.

Helen se puso una mano en el pecho.

—Matarán a Kellie…

—Te guste o no, es hora de que lo internes en algún centro donde puedan curarlo o, por lo menos, atenderle mucho mejor que lo está aquí —dijo Sterling rudamente—. Son demasiados años tratando de ocultar una vergüenza… curiosamente conocida por todo el mundo. Aunque no lo creas, con tu actitud no has hecho ningún bien a ese pobre muchacho, sino todo lo contrario.

—Y hay otras cosas que también debe escuchar —dijo Cavanaugh—. Es cierto que la miraron con desprecio después de lo que le sucedió hace tantos años, máxime cuando se supo la enfermedad congénita de Kellie. Por eso se vengaba usted, haciendo sentir a toda la población el peso de su dinero; era la forma de desquitarse de las burlas y desdenes de que había sido objeto años atrás.

—Son unos patanes…

—¡Helen, no hables más de ese modo! —Exclamó Sterling—. Es hora ya de que pienses un poco más en ti misma. Si no lo haces de grado, un juez extenderá una orden para que Kellie sea ingresado en un centro especial. El mejor, si tú quieres, pero aquí no puede continuar… ni tú puedes seguir sacrificándote de ese modo.

—Ni debe continuar como está, bajo el poder, aunque lo ignore, de dos sujetos sin escrúpulos. Me refiero a la señora Innes y a Rex Hylan.

Helen miró a Cavanaugh con la boca abierta.

—No, no entiendo…

Cavanaugh avanzó hacia ella, le puso ambas manos en los hombros y la obligó a sentarse.

—Maude, sirve algo de beber —pidió.

La muchacha empezó a moverse en el acto. Helen se sentía aturdida, incapaz de pronunciar una sola palabra.

—Tengo que hacerle una pregunta, Helen —dijo el joven—. Conteste con sinceridad, ¿me entiende?

—Sí, sí…

—Garrison se quejaba hoy de que le han subido el alquiler del local donde tiene su negocio, en un cincuenta por ciento. ¿Es usted la que ha dado la orden?

—No, en absoluto: ni siquiera he mencionado nada al respecto —contestó la atribulada dueña de Ashfork House.

* * *

Maude le entregó la copa. Helen bebió a pequeños sorbitos.

—Éste es un plan ideado por dos personas y en el que han colaborado algunas más, entre ellas el juez Elphins, quien jamás ha podido olvidar los desdenes de que fue objeto por parte de usted —dijo Cavanaugh.

—Pero ¿qué plan? —exclamó Helen, atónita—. Simplemente, su ruina, tomando como pretexto, claro, la enfermedad de Kellie. Es muy probable que esa enfermedad no tenga cura jamás, pero las cosas hubieran podido resultar muy distintas si usted lo hubiese internado en algún sanatorio. Kellie, bien mirado, es inofensivo. Lo que pasa es que alguien le convirtió en una fiera carnicera.

Helen soltó la copa y se tapó la cara con ambas manos.

—Conseguía muchos progresos con él —gimió—. De pronto, hace algún tiempo, empezó a empeorar…

—Justamente desde que su ama de llaves y el chófer, tal vez esposos, pero en todo caso unidos sentimentalmente, idearon el plan para apoderarse de todo, conociendo la animadversión que usted sentía hacia los habitantes de Willow Creek y la escasa o nula simpatía que, simultáneamente, ellos sentían hacia usted. ¿Es cierto que el doctor Crimple le proporcionaba sedantes para calmar algunos accesos de Kellie?

—Sí —murmuró Helen—. Pero eran más bien accesos nerviosos; nunca de furia…

—Desde luego. Tales accesos eran propios de la condición enfermiza del muchacho. Pero alguien, repito, se aprovechó de la situación. Rex y Mila.

—No puedo creerlo, no puedo creerlo…

—Hace algunas noches, usted durmió profundamente muchas horas, ¿no es cierto?

—Sí, y me extrañó, porque la mayoría de las noches me despierto en varias ocasiones.

—La encontramos tendida de través en la cama y con señales de embriaguez.

—¡Nunca me he emborrachado! —Protestó Helen—. Además, no les vi a ustedes…

—Estaba narcotizada y alguien simuló la borrachera. Como alguien hacía creer en Willow Creek que usted y Rex eran amantes.

Helen se puso en pie, vivísimamente indignada.

—¡Es una repugnante calumnia! —gritó.

—Lo sé. Pero alguien vio a una mujer con un vestido de color rojo oscuro, abrazándose y besando apasionadamente a Rex. Aquella noche, Mila Innes se puso ese vestido, para que Zena Potter, desde lejos, creyera lo que no era cierto.

—Dios mío, ¿cómo puede haber tanta podredumbre?

—Porque hay mucho dinero y todos esperan conseguir su parte —declaró Cavanaugh, fríamente—. Y porque también usted tiene culpa. ¿O no recuerda ya cuando ordenó a Mac Hugh que le trajese una ternera?

—Me debía el alquiler de varios meses de su casa.

—Pero ¿era necesario que la ternera viniese viva?

—Rex dijo que él se encargaría de matarla y de preparar la carne. No había manera de que Mac Hugh pagase siquiera una parte de su deuda.

—¿Lo ve? Otra forma de granjearse antipatías. La razón legal es suya, pero Mac Hugh se sintió humillado en la forma en que usted le pidió la ternera. Y todavía hay más. No sé cómo expresarlo…

—Hable, no creo que nada pueda ya impresionarme —dijo Helen.

—Mila y Rex acostumbraron a Kellie a comer carne cruda.

Helen se derrumbó en un sillón.

—No, no… —gimió.

Sterling dio un paso hacia adelante.

—Monte, ¿no será demasiado? —murmuró.

El joven le miró fijamente.

—Si quiere que sea su esposa, debe hacer que conozca toda la verdad. El futuro, aunque ahora el presente sea muy doloroso, resultará más agradable.

—Creo que tiene razón —convino Sterling—. Adelante, muchacho.

—Una vez, soltaron a Kellie. Estaba hambriento. Pero eso no es todo. Posiblemente por casualidad, Rex y Mila descubrieron que los sedantes, aplicados en menor dosis, les permitían actuar casi hipnóticamente sobre el cerebro de Kellie. Y un día, cuando vieron a una pareja a orillas del río, lo soltaron. Kellie mató a los dos y…

Cavanaugh se mordió los labios.

—Bueno, no quiero seguir adelante: sencillamente, es horrible. Pero Fairborn estaba advertido y fingió ocultar lo sucedido. Es decir, trataría de ocultar las muertes y a su autor, aunque, en realidad, se cuidó mucho de divulgarlo en Willow Creek. Lo que sucedió es que dos buenos amigos míos vieron los cadáveres de la pareja y luego me lo contaron. Sin embargo, estoy en condiciones de afirmar que es la única vez que Kellie hizo una cosa tan horrible.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Helen.

—Rud Battern no murió a dentelladas, sino de la misma forma que Moses y Chain Doyle, es decir, con un instrumento que imita, mejor o peor, los dientes de una persona. Tanto Doyle como Wright se dejaron hacer unas marcas en el brazo, si bien Doyle desempeñó la comedia en el

Poplar’s
Saloon, con bastante realidad, todo hay que decirlo.

—Pero ¿por qué tenían que matar a Moses? —se extrañó Sterling.

—Tiene una explicación muy sencilla —dijo el joven policía—. Era uno de los pocos amigos que usted conservaba en Willow Creek, aparte de que había sido empleado suyo cuando usted tenía la propiedad. Ahora, además, era confidente de Maude. El que lo mató sabía que Moses podía resultar peligroso para él. Pero, aparte de las señales del cuello, que Crimple ha afirmado pertenecen a dientes humanos, la cual es una gigantesca mentira, de haber sido realmente Kellie no se habría molestado en abrir la ventana con todo cuidado, sino que la habría roto, sin más. Y ello hubiera despertado a Moses, quien habría gritado y…

»Pero hay algo que jamás hubiera hecho Kellie, porque, sencillamente, no sabe hacerlo.

Cavanaugh se interrumpió, cruzó la sala y abrió la puerta de golpe.

Hylan y la señora Innes aparecieron ante los ojos de los presentes.

—Rex quizá tenga todavía en el bolsillo la llave del dormitorio de Moses —dijo Cavanaugh.

Capítulo XII

Helen se tapó la boca con una mano al escuchar aquellas palabras. Helen se puso en pie.

—Me han traicionado…

—Cállate —ordenó Sterling—. Señor Hylan, creo que va a tener que responder de muchas atrocidades.

Hylan sonrió despectivamente.

—No creo que tengan ocasión de repetir las necedades que ha soltado ese esbirro —dijo, a la vez que sacaba una pistola.

—¿Matar a cuatro personas? —Cavanaugh meneó la cabeza—. Hylan eso no solucionará sus problemas. Aparte de que matar a cuatro personas, de las cuales son dos hombres, y no débiles precisamente, no es fácil; incluso en el caso de que lo consiguiera, se encontraría usted con gravísimos problemas.

»Mi muerte, por ejemplo, sería conocida y no serviría de nada que un alguacil venal y corrupto tratase de ocultarla, como hizo parcialmente en el caso de los recién desposados. Y en segundo lugar, si bien hay muchos que odian a la señora Ashfork, no todos desean que muera y la gran mayoría se horrorizaría de encontrar aquí cuatro personas muertas a balazos. Esta vez, ni siquiera el indignante Rochester Fairborn podría ocultar la polvareda que ello levantaría.

Hylan sonrió.

—Hay un procedimiento para eliminarles a todos, sin necesidad de disparar un tiro —manifestó—. Mila, trae la botella y cuatro copas.

Maude lanzó un gemido al comprender las intenciones del sujeto.

—¡Veneno!

—Exactamente —confirmó Hylan—. ¿Quién no creerá que se

trató de un envenenamiento accidental?

Cavanaugh meneó la cabeza.

—Rex, tengo la sensación de que es usted menos inteligente de lo que parece. Nadie aceptará esa versión.

—¡Cuando estén muertos, no les importará lo que les suceda a los vivos! ¿Verdad?

—Es un punto de vista muy discutible, Rex, pero no tengo ganas de seguir comentándolo. —Cavanaugh se dio cuenta de que Mila había abandonado el salón y prosiguió—: ¿Dónde está ese horrible instrumento con el que imitaba una dentadura humana?

Hylan se tocó el bolsillo izquierdo de la chaqueta.

—Lo tengo aquí. Resulta efectivo, ¿verdad? —sonrió malignamente.

—Sí, sobre todo cuando hay tipos que empiezan a flaquear, como, por ejemplo, Rud Battern y, sobre todo, Chain Doyle. Doyle podía decir, y dijo, con todos los detalles lo que pasó la noche en que murió Battern. Usted había ido al pueblo, para enterarse personalmente de la marcha de la situación, y se encontró con que Doyle faltaba. Fue listo para deducir dónde podría encontrarlo, pero llegó tarde. Battern no quería prestarse ya más al juego y usted le mató. Doyle aceptó, por dinero, naturalmente: él, como Geary, como Wright, son de la clase de hombres que, excepto matar personalmente, harían cualquier cosa por diez dólares. Sobre todo, si se tenía en cuenta que usted les había prometido que la casa en que ahora vivían y por la que deben pagar un alquiler a la señora Ashfork, sería suya antes de muy pocos días.

—Eso lo dijo Chain Doyle —intervino Sterling serenamente—. Y yo lo escuché.

Hylan pareció sentirse repentinamente preocupado.

—Pero ¿por qué? —Exclamó Helen—. ¿Por qué lo hicieron?

—Está todo preparado para que usted y Kellie desaparezcan. No hay parientes, no hay herederos. Por tanto, el juez Elphins dictará una sentencia de atribución de propiedades. Hylan figurará como dueño, aparentemente por una elevada cantidad, pero en realidad por nada…, por los regalos que hará de casas y otros bienes al juez, a Fairborn y a un médico venal y sin conciencia profesional, capaz de admitir lo que no era cierto. ¡El médico más ignorante habría visto en seguida que Moses Lane no murió a consecuencia de los

mordiscos de una persona en estado de demencia!

»Rex —continuó Cavanaugh—, ¿cómo pudo hacerlo tan mal? ¿Es que no se da cuenta de que, en el peor de los casos, Kellie habría atacado solamente a una persona a la que encontrase en su camino? Kellie no podía haber entrado nunca en la habitación de Moses sin hacer un estrépito tremendo, ni tampoco habría escapado llevando consigo la llave de la puerta. Eso puede engañar a algunos crédulos, pero no a quien tenga dos dedos de frente.

—Es posible, pero le aseguro que no va a tener ocasión de repetirlo a nadie —gruñó Hylan—. ¡Mila! —Alzó la voz.

—Un minuto, ya voy —contestó la mujer.

Cavanaugh estudió la situación. Hylan estaba a cuatro o cinco pasos de distancia. Imposible saltar sobre él, sin recibir un balazo.

De pronto, se oyó un distante griterío.

Hylan sonrió satisfecho.

—Ya vienen —dijo—. Ahora harán justicia en esa fiera carnívora…

—Un ser humano, al cual usted y Mila han educado para que coma carne cruda, no importa cuál sea su origen —rectificó Monte acusadoramente.

La señora Innes entró en aquel momento, con una bandeja en las manos, sobre la que se veían una botella y cuatro copas ya llenas.

—¿He… hemos de beber eso? —preguntó Maude plañideramente.

Una diabólica sonrisa apareció en los labios del ama de llaves.

—Beber o morir de un tiro, elija —contestó, todavía en el camino hacia la mesa.

La señora Innes cometió un error. Pasó demasiado cerca de Cavanaugh.

De súbito, el joven saltó hacia su derecha. Al mismo tiempo, pegó un terrible manotazo a la bandeja, que saltó por los aires con gran estrépito.

—¡Al suelo! —gritó.

Hylan lanzó un estentóreo grito de furia y apretó el gatillo, justo en el momento en que Cavanaugh propinaba un terrible empujón al ama de llaves. Mila retrocedió trastabillando y su espalda se interpuso en la trayectoria del proyectil.

Un agudísimo chillido brotó de sus labios al sentirse herida.

Cavanaugh desenfundó su pistola y apretó el gatillo. Hylan volteó bruscamente y se desplomó hacia la pared más próxima.

En aquel momento, se oyeron unos gritos aterradores, mezclados con unos rugidos que no tenían nada de humano.

—¡Ahí está la bestia!

—¡Muerte a la fiera!

—¡Matadla, matadla!…

Cavanaugh se precipitó hacia la salida.

—¡No se muevan! —gritó.

Sterling desobedeció la orden. Corrió hacia la pistola que Hylan había abandonado y, tras apoderarse de ella, se dirigió hacia la salida.

Cavanaugh llegó a la puerta. En el mismo instante, un centenar de hombres, armados con toda clase de herramientas, mangos de pico, horcas, garrotes y hasta cuchillos, irrumpían en la explanada frontera. Elphins, Crimple y Fairborn iban detrás de la masa vociferante, en apariencia tratando de contener a aquellos energúmenos, pero en realidad excitándoles más y más.

Cavanaugh adivinó en el acto la perfidia de aquellos sujetos. Pero, en el mismo momento, Kellie se hizo visible.

En una fracción de segundo, Cavanaugh comprendió los motivos de la tardanza del ama de llaves. Mila había soltado a Kellie, previniendo la invasión de Ashfork House.

Había numerosas antorchas encendidas, que alumbraban la noche con tétricos resplandores. Un horrible griterío surgió de la masa al hacerse visible Kellie.

Varios individuos se arrojaron sobre él y le golpearon enloquecidamente. Kellie chilló de pánico. Una navaja se hundió en su cuerpo y rodó por tierra.

Todo había ocurrido tan rápidamente, que Cavanaugh no tuvo tiempo de intervenir. Pero aquella multitud frenética no se contentaría por la muerte del desgraciado anormal.

Levantó el revólver y disparó dos veces al aire. Los estampidos parecieron calmar momentáneamente a la muchedumbre furiosa.

—El primero que intente entrar aquí, morirá —dijo con voz resuelta.

—Pueden estar bien seguros de ello —añadió Sterling a su lado —. Muchachos, la mayoría de ustedes me conocen bien. Yo confío

en el señor Cavanaugh. Hagan lo que él les diga. Pertenece a la Policía del Estado. Él les dirá con toda claridad lo que ha sucedido realmente aquí, sin ocultarles un solo gramo de verdad.

—Ahí veo a tres personas que pueden ayudar mucho al esclarecimiento de esa verdad —añadió el joven—. Vamos, juez Elphins, alguacil Fairborn, doctor Crimple, avancen sin miedo, pónganse en primera fila… Y si están por ahí dos sujetos llamados Geary y Wright, que se adelanten también. Así podrán declarar a la multitud quién les mordió realmente.

De pronto, dos hombres dieron media vuelta y echaron a correr. Eran los que Cavanaugh acababa de nombrar.

El gentío se abrió y dejó solos a Elphins, Crimple y Fairborn. Ninguno de los tres quería mirar el ensangrentado cuerpo que yacía a unos pocos pasos de distancia.

—Juez, ¿de qué quería vengarse usted? ¿Acaso de los desdenes de que fue objeto constantemente? —preguntó Cavanaugh, en voz lo suficientemente alta para ser escuchado por todos—. Doctor, ¿pensaba que alguien le regalaría su casa? Alguacil, ¿cuál iba a ser su beneficio en esta repugnante trama?

Elphins se irguió, arrogante.

—Está insultándonos —dijo.

—Juez, Hylan ha hablado.

No era realmente cierto, pero Elphins no podía conocer la verdad.

El rostro de Elphins se puso lívido. Toda su arrogancia desapareció como por encanto. Los que estaban más próximos advirtieron sin lugar a dudas el cambio de expresión de su rostro.

—Además, la gente tiene que saber otra cosa, tiene que enterarse de la clase de individuo que es usted, capaz de asaltar a una muchacha de diecisiete años y cometer con ella un horrible ultraje. Usted se casó una vez y tuvo un hijo que vivió pocas horas…, de lo contrario, sería ahora un desgraciado como lo fue Kellie.

Los espectadores más cercanos comprendieron de golpe la verdad y murmuraron acres comentarios. Elphins había perdido la moral. En cuanto a Crimple y Fairborn, parecían anonadados.

De súbito, el cuerpo que yacía inmóvil, se animó.

Un grito de horror se escapó de la muchedumbre, al ver que

Kellie se incorporaba. Su aspecto, cubierto de sangre, era horroroso.

Cavanaugh avanzó hacia él, pero fue rechazado por un tremendo manotazo que le derribó de espaldas. Súbitamente, sin que nadie pudiera impedirlo, Kellie se arrojó sobre Elphins y buscó su cuello con los dientes.

Se oyó un terrible alarido. Elphins y el anormal rodaron por el suelo, debatiéndose enloquecidamente. Todavía arrodillado, Cavanaugh pudo darse cuenta de que los dientes de Kellie aparecían firmemente hundidos en el cuello del juez.

La sangre saltaba a torrentes. De súbito, Fairborn avanzó un par de pasos, puso el cañón de su pistola en la cabeza de Kellie y apretó el gatillo.

Los movimientos de Kellie cesaron en el acto. Elphins se puso en pie convulsivamente. Ríos de sangre salían de su cuello destrozado. De su boca brotaban palabras ininteligibles. Sus ojos estaban extraviados, casi salidos de las órbitas.

Bruscamente, dobló las rodillas y cayó al suelo. Cavanaugh reaccionó y arrebató de un manotazo el revólver de Fairborn.

El alguacil le miró desafiante.

—No me arrepiento de lo que he hecho —dijo.

—Nadie le acusará de esto, pero sí de su complicidad en otros crímenes, por ejemplo…, el asesinato de Moses, cosa que usted ya conocía y en el que no quiso intervenir hasta que alguien se lo notificó.

Fairborn palideció.

—En cuanto a usted, doctor Crimple, también tendrá que responder de falsos informes médicos. Y ya sabe a qué me refiero —concluyó Cavanaugh, tajante.

El gentío empezó a disolverse. Cavanaugh vio que la situación estaba dominada y se volvió.

—Rafe, vuelva a la casa y atienda a las mujeres, pero sobre todo a Helen —indicó.

—Está bien —contestó Sterling.

* * *

La ciudad parecía haber vuelto a la normalidad. Había algunos agentes de la Policía del Estado, de uniforme, que iban y venían, practicando diligencias de rutina.

—Parece que se sienten muy aliviados —comentó Maude, sentada junto a Cavanaugh en la veranda del hotel—. El terror que les invadía ha desaparecido con la averiguación de la verdad.

—Sí, sobre todo si se tiene en cuenta que Hylan no volverá a disfrazarse, para que todos crean que Kellie se escapaba de su casa en busca de víctimas. Era un disfraz que no hubiera resistido un mediano examen a la luz del día, pero por la noche, con los ánimos predispuestos y la poca luz, todos pensaban que veían a Kellie.

—Monte, ¿crees que hubieran conseguido sus propósitos?

—Indudablemente, porque el juez se hubiera encargado de hacer legales los cambios de propiedad. Hylan y Mila urdieron el plan, pero no podían hacerlo solos. Tenían que buscar colaboradores. Las declaraciones de Wright y de Geary son bien explícitas al respecto.

Zena salió en aquel momento con una bandeja en las manos.

—Parece que se respira mejor —comentó jovialmente.

—Esto ha cambiado, en efecto.

—Van a venir muchos turistas. Los crímenes atraen siempre gente. Tendré mucho trabajo. Helen me ha nombrado encargada del hotel y tengo que buscar personal.

Cavanaugh sonrió. Zena se sentía muy satisfecha con su cambio de posición.

—En medio de todo, es una buena chica —comentó Maude.

—Tiene personalidad —convino Cavanaugh—. Pero ¿estaba casada?

—Se divorció. El marido era un vago. Nadie sabe ahora dónde para, y no creo que a ella le importe mucho. Ya encontrará otro.

—Eso espero. Maude, quiero saber una cosa.

—Dime, Monte.

—¿Qué hace tu padre? Parece como si viviera al aire libre…

Ella se echó a reír.

—Arizona no es sólo el desierto de las películas. Hay lugares maravillosos, donde abunda el agua. Mi padre tiene allí una granja estupenda, pero ahora necesita ampliarla. Por eso quería recobrar su propiedad, para venderla inmediatamente. Con el producto de la venta y un préstamo del Banco, lograría esa ampliación, ¿comprendes?

—Sí. A Helen le convendrá el cambio de clima. Pronto se repondrá.

—Eso espero. —Maude hizo un gesto con la cabeza—. Es preciso reconocer, a pesar de todo, su enorme sacrificio. Nunca quiso separarse de Kellie…

—Pero era un muchacho inofensivo y lo convirtieron en una fiera. —Cavanaugh entornó los ojos—. Resulta estremecedor pensar que, inconscientemente, fue el vengador del ultraje hecho a Helen.

—Ella acabará por olvidar; tiene que hacerlo…

—Y tu padre se encargará de ello —sonrió el joven—. Bien, y ahora, ¿vuelves a Montgomery, para abrir un bufete?

—Me habían propuesto entrar en una firma de abogados. Claro que seré el socio más joven, pero eso me servirá para adquirir experiencia. ¿Y tú, qué harás?

—Bueno, regresaré a Montgomery también y volveré a mi puesto. Pero tendré tiempo para invitarte a cenar de cuando en cuando. No me gustaría perder la relación contigo, Maude.

Ella le dirigió una cálida mirada.

—Creo que nos veremos con mucha frecuencia, Monte —respondió.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y
D. D. T.,
de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.